

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

A. ROLCEST

EL AZOTE DE LOS CUATREROS

CAPÍTULO PRIMERO

No esperaban encontrarlos tan pronto. Los abigeos habían tenido toda la noche y parte de la mañana para alejarse del rancho.

Arl Carson, el capataz, señaló al fondo de la cañada.

—¡Ahí los tenemos! ¡Valientes estúpidos! ¡Se han detenido a remarcar!

En un recodo de la cañada se veía una hoguera y gente manipulando con los hierros. Arl observó el lugar donde se habían detenido los ladrones de ganado.

—Todo será fácil. Están demasiado «atareados».

Le acompañaban once vaqueros, todos bien armados. No podían confiarse, porque desde hacía algún tiempo en la comarca de Gebury estaban ocurriendo cosas demasiado peligrosas y extrañas.

Los ranchos estaban quedando vacíos de ganado y muchos vaqueros decidían darse de baja en la plantilla, porque «el sueldo no compensaba los riesgos».

—¡Puede ser una trampa! —sugirió uno de los que iban con Arl.

El capataz, un hombre joven, pero que sabía de ardides de cuatreros y abigeos como el que más, sonrió.

—Peor para ellos.

Indicó por dónde tenían que infiltrarse. El terreno los favorecía, porque las rocas formaban vericuetos que conducían muy cerca de donde habían acampado los abigeos.

—Nada de disparos si no es necesario —concluyó Arl—. Puede haber compinches por los alrededores y los pondríamos sobre aviso.

Esto disgustó a los que le acompañaban. Estaban con ganas de pelea y una vez que se les presentaba una buena caza, les dolía que las armas no entraran en juego.

Se esparcieron. Unos diez minutos más tarde, Arl aparecía en lo alto de un peñasco desde el que podía dominar el campamento. Asomó con un revólver en cada mano.

—¡Brazos en alto! ¡Estáis rodeados!

Había cuatro individuos cerca de la hoguera. Uno de ellos era un viejo.

Todos quedaron inmóviles, procurando mantener las manos lejos de las pistoleras. El viejo se encontraba de lado a Arl.

—¡Desármalos, Telsey!

El vaquero nombrado apareció montado a caballo. Al llegar junto al peñasco donde se encontraba Arl, desmontó, dejando allí la caballería y procedió a quitar las armas a los abigeos.

Arl enfundó y se dispuso a descender. Los demás vaqueros fueron apareciendo por el sitio donde estaba el ganado sin remarcar todavía. En total había unas quince reses.

—¡Arl! ¡Son nuestras! —anunció uno.

Durante la noche habían ocurrido importantes robos en distintos ranchos, pero no había pensado que aquel hato, precisamente aquél, fuera el del rancho donde trabajaba como capataz.

Se quedó mirando al viejo, casi con admiración.

—Ya me dirá el truco que ha empleado para entrar en el rancho del señor Hillson. Yo no me encontraba allí anoche, pero hasta ahora tenía el convencimiento de que nuestro rancho estaba a salvo de granujas.

El viejo soltó un respingo y miró a Arl, con sorna.

—¿Por qué el rancho Hillson no podía ser «visitado»?

—Porque no es fácil llegar hasta allí sin que lo adviertan.

—¡Pues ya ves que sí!

Lo veía y no podía creerlo. Arl, como los vaqueros que lo acompañaban, regresaron aquella mañana al rancho, después de varios días de conducción.

Y el patrón, Hillson, los recibió muy malhumorado. Al principio se negó a decir qué

ocurría. Arl fue acosándolo a preguntas hasta que confesó que lo habían robado.

En el rancho sólo estaban el patrón y un vaquero. Pero bastaban, si se hubieran turnado las guardias.

—No es posible que hubiera guardia —comentó Arl—. Un solo hombre, con un rifle, hubiera detenido a este grupo de espantajos.

Se dirigía a los vaqueros.

—Blair y el patrón quizá se durmieran —aventuró uno.

—Es posible.

Pero esto quitaba mérito al grupo de abigeos, y el viejo soltó una risotada.

—¡Y un cuerno! ¡Estaban bien despiertos, jugando a las cartas!

Todos lo creyeron, porque conocían muy bien la pasión que el vaquero Blair sentía por los naipes y seguramente había tentado al patrón a jugar para matar las primeras horas de la noche.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó uno de los abigeos.

—¿Tú qué crees? —preguntó a su vez Arl.

—Aquí están las reses. No falta una.

—Con que estén todas, asunto arreglado —comentó Arl, burlón.

—La lección que os hemos dado bien vale que nos dejéis libres —dijo el viejo.

Arl contrajo el rostro, irritado.

—¡A nosotros no nos habéis dado más que un ejemplo de estupidez! ¡Ninguno de nosotros nos encontrábamos en el rancho! ¡Preparaos para ir al pueblo!

Lo de ir al pueblo, con el tono que Arl había empleado, los asustó.

—¿Qué hemos de hacer en el pueblo?

—Ya os lo dirá el sheriff —mientras hablaba, Arl reparaba en algo que se escurría tras unas altas matas.

Se dirigía hacia donde los abigeos tenían los caballos. De un salto Arl se colocó sobre el caballo que tenía más cerca y lo espoleó.

Fue en el preciso instante en que una figura fina, elástica, saltaba sobre una yegua atabanada. La bestia estaba suelta y al sentir sobre la silla el toque del jinete, emprendió el galope.

—¡Alto! —gritó Arl, haciendo dos disparos.

—¡No tires! ¡No tires! —vociferó el viejo—. ¡Es una muchacha!

Pero esto no lo oyó Arl. Los vaqueros, que ya habían tomado posiciones por si acudían más enemigos, miraron al viejo.

—¿Una muchacha con ustedes? —preguntó Telsey.

Los cuatro abigeos inclinaron la cabeza.

—Es de la familia —contestó el de más edad.

—¿Todos ustedes son familia? ¡Vaya! —exclamó otro vaquero, riendo.

—Todos son mis sobrinos, cada uno hijo de un hermano. Yo me encargo de recogerlos...

—Sí —dijo Telsey—. A medida que van ahorcando a los padres.

El viejo se dio cuenta de que no lo creían y levantó la cara, verdaderamente asustado.

—¡Ay de vosotros si le ocurriera algo a esa chica!

El tono no podía ser más dramático y amenazador.

—¿Quién es?

Dudó unos momentos en contestar.

—¡Mi sobrina!

Arl no tuvo necesidad de hacer otros disparos porque a pesar de que su caballo corría menos que la yegua, quien la montaba estaba seguramente en plena confusión, y se lanzaba por sitios que le hacían perder distancia.

Llevaba un revólver al cinto, pero no hizo ademán de desenfundarlo. Inclínada sobre el

cuello de la montura, la muchacha que vestía de hombre parecía solamente obsesionada por huir y presentar el menor blanco posible a los disparos del que la seguía.

Pero Arl había disparado al aire. Lo hizo instintivamente y ahora lo celebraba, creyendo estar tras un chiquillo atemorizado.

Adivinando por dónde tenía que ir el perseguido, se situó tras un peñasco. Salió de pronto, quedando junto a la yegua. Extendió un brazo y agarró las riendas, frenando bruscamente. .

—No dejes a los tuyos en apuros —dijo Arl.

Lo que consideraba un muchacho se inclinó, clavando los dientes en la mano de Arl. Este emitió un grito de cólera y con el dorso de la mano le dio en un lado de la cara.

La hizo saltar de la silla. El viejo sombrero escapó de su cabeza y apareció una cabellera rubia.

La muchacha estuvo unos momentos tratando de mantener el equilibrio, no lo consiguió y cayó sentada. Mirando a Arl se puso a alentar fieramente.

Su bien torneado busto se revelaba bajo la camisa vaquera, cuyos botones parecía que fueran a saltar, cada vez que ella respiraba hondo. Sobre la camisa llevaba un chaleco de piel.

—¡Diablo! —exclamó Arl.

La muchacha tenía unos preciosos ojos claros, que tan pronto se volvían verdes como amarillos. Su boca era de labios llenos. Ahora le palpitaban, llenos de ira.

—¡Grosero, maldito! ¡Te vas a ensañar con pobre gente! —prorrumpió, con rabia.

—¿Ensañar? —Arl desmontó—. Aún no he dicho que fuera a ahorcarlos. ¿Tú vas con ellos?

—¡Sí! ¡El viejo es mi tío!

—Buen ejemplo te da —y se quedó mirándole las manos.

Ella se dio cuenta y en seguida las ocultó. Sin embargo, sus manos eran muy bonitas. Sentada en el suelo, mirando a Arl, hundió las manos en la tierra.

Mantenía la cabeza hacia atrás, el busto adelantado, con un malicioso propósito de

que Arl reparase en su estallante juventud. Se puso a sonreír, insinuante.

—Si mi tío Mark te devuelve las reses... ¿nos dejarás marchar?

—¿Tú qué crees que debo hacer? —inquirió Arl, arrodillándose junto a ella.

—Soltarnos. Mi tío sólo quería gastar una broma. Demostrar que en el rancho del señor Hillson se podía entrar...

—No estando su capataz presente, sí —contestó Arl—. Eso ha quedado demostrado.

—¿Eres tú el capataz?

—Yo mismo.

—¿Y no estabas anoche?

—Para suerte vuestra, no.

Ella fue acercando su rostro al de Arl, mirándolo fijamente.

—Esto va a disgustar a tío Mark. Todos hemos oído hablar de tus mañas para burlar a los abigeos... Bien. Todo podía quedar en tablas. Os lleváis las reses...

—...Y vosotros tan campantes.

La muchacha entreabrió los labios, rojos y húmedos.

—¿No crees que vale la pena?

Arl le pasó una mano por la espalda y la besó fuertemente en los labios. Ella dio una sacudida, como si fuera a rechazarlo, pero en seguida perdió rigidez, a fuerza de voluntad. Era algo que ella se había impuesto: provocarlo y aguantar.

De pronto advirtió que la mano que Arl tenía libre le rozaba la cadera derecha. Por pronto que quiso evitarlo, ya el revólver que tenía en la funda había pasado a poder de Arl.

El capataz se levantó y dio con un pie en la suela de una bota de la muchacha.

—¡Conque tu tío Mark te utiliza para parar los golpes!

Ella saltó, el rostro encendido. El beso recibido parecía quemarle los labios y se los frotó. Luego, escupió.

—¡Perro! ¡Lamentarás este ultraje!...

—¿«Ultraje»? —el vocablo sonó muy chusco en los oídos de Arl, y rompió a reír—. ¡Qué manera de expresarse!... Me parece que lo que te molesta es que me haya preocupado más por tu revólver que por tu cara. Vamos a ajustarle las cuentas a «tío Mark».

La forma con que dijo tío Mark alarmó a la joven. Por unos instantes no hizo más que escrutarlo con los ojos, casi sin respirar.

—¿Qué vas a decirle?

—Sencillamente que conmigo debe emplear anzuelos más tentadores que tú. No quiero decir con esto que no seas bonita... Pero no eres mi tipo.

La rabia y la vergüenza encendieron el rostro de la muchacha. Para sus adentros Arl reconocía que en su vida había dicho una mentira mayor.

Aquella preciosidad de criatura era su tipo. ¿Y de quién no? Pese a la ropa de hombre, a su exagerado desaliño, no podía borrarse una figura soberbiamente modelada por la Naturaleza.

Arl, para evitar que ella descubriera en sus ojos algo de la impresión que le había producido, se miró la mano mordida. Los dientes habían dejado su huella.

—Tus dientes dejan más señal que tus labios. Y más veneno... Monta a caballo.

Se fijó en la yegua y se acercó, interesado. Después de contemplar la bestia, le acarició el cuello.

—¿Dónde la robasteis? —preguntó, sin volverse a mirar a la muchacha.

—¡Averígualo!

—¿Yo? De eso se encargará el sheriff.

La intervención del sheriff era lo que más parecía asustarla. En el campamento, la muchacha no se movió de su escondite hasta que oyó que los abigeos serían llevados al pueblo, para que el sheriff se encargara de ellos.

—¿Serías capaz de ensañarte de esa manera con nosotros?

—No es ensañarme. Es hacer lo que corresponde...

—¡Sí! ¡En la comarca te citan como un ejemplo a seguir! ¡Los abigeos no pueden contigo! ¡Ni los sobornos!...

—Procuro corresponder a esa creencia. ¿Qué hay de malo?

La joven apretó los dientes, mirando a Arl como si quisiera fulminarlo.

—¡Toda honradez tiene un precio! Me gustaría comprobar si con un enemigo más peligroso que mi tío Mark eres tan «justo». Tú te propones llevarnos a la cárcel, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y qué nos va a pasar?

—Eso lo decidirá el juez del distrito, cuando pase por esta comarca. Si no hay más pruebas en contra que el «arreo» de estas reses, se impondrá una condena más o menos larga, según el humor del Jurado. Claro que, si alguien se presenta a pagar la multa...

—¿Yo he de estar también encerrada?

—El sheriff lo decidirá.

La muchacha cerró los ojos, en un acceso de ira.

—¡Deja al sheriff en paz! Estoy dispuesta a hacer un trato... Si me dejas libre, yo me encargaré de conseguir la fianza.

Arl la agarró fuertemente de los hombros.

—¡Así te ha educado tu tío Mark! ¡No dudo que conseguirías el dinero!

Levantó una mano y le dio en ambas mejillas. Ella se la agarró y le dio un feroz mordisco. Arl emitió un reniego y cogiéndola de la cintura la levantó, dispuesto a lanzarla contra un peñasco.

Ella creyó que iba a hacerlo, y gritó:

—¡No me has entendido!... ¡El dinero lo conseguiría honradamente, te lo juro!

Arl la colocó sobre la yegua diciendo:

—Me has señalado las dos manos... Al tercer mordisco, te quedarás sin dientes, pese a

que los tienes muy bonitos.

De regreso al campamento, hicieron un trayecto callados.

—Yo aceptaría que eres un hombre justo... si te viera actuando con la misma rigidez ante un enemigo más temible —manifestó la muchacha, en tono burlón.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Y lo repito... porque hay una ocasión de comprobarlo. Anoche «trabajaron» otras gentes de más peso. Se llevaron mucho ganado de distintos ranchos.

—¡Lo sé! Ya se han organizado patrullas...

La muchacha rompió a reír.

—¡Patrullas compuestas por gente complicada! ¿No te has preguntado nunca por qué tantos vaqueros de aquí se dan de baja en las plantillas? Porque desde fuera los tientan a marcharse, con dulces en forma de billetes. Esta comarca está siendo saqueada y todos son tan estúpidos que ninguno cae en la cuenta de que los principales responsables se encuentran en los ranchos que aparecen robados. Ahora mismo, ¿hacia dónde van las patrullas? ¡A hacer el paripé Encontrarán una docena de reses y se darán por satisfechos...

Ella se daba cuenta de que Arl la escuchaba con mucho interés, y prosiguió:

—Y el vaquero que no cede ante el dinero, claudica ante el revólver. ¡Esta es la comarca de Gebury!

—Estás muy enterada.

—¡Más de lo que tú te figuras! Sé qué ruta siguen los que anoche hicieron el agosto. ¡Y con ésos quisiera yo ver tus agallas! ¿Sabes quién dirigió los golpes anoche? ¡Bill Sargoy en persona!

Arl no disimuló que el nombre le hacía efecto. De Bill Sargoy y de su pandilla tenía tristes recuerdos. Pero hacía mucho tiempo que no oía hablar de él.

—¡Bill Sargoy huyó del territorio! —replicó Arl.

—Sí. Para dejar que la situación se «enfriara», pero ha vuelto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que tenéis trato con su pandilla? —preguntó sordamente Arl.

—¡Oh, no! Ni se te ocurra nombrarle ante tío Mark... Lo sé por mis propios medios. No siempre llevo esta ropa. Cuando me interesa, me convierto en una vieja inofensiva, o en una chica descocada. Y escucho y miro.

En todo lo que la joven decía, en los cambios que, se producían en su actitud, en la manera con que pronunciaba vocablos poco corrientes en los medios rústicos en que parecía desenvolver su vida, había algo demasiado chocante que desde el primer momento captó Arl.

Y sobre todo, las manos, de dedos afilados, uñas recortadas, piel fina. Aunque se las había ensuciado de tierra, su delicadeza se advertía muy bien.

«¿Qué hay tras de todo esto?», se preguntaba Arl

—Te emplazo a que presentes cara a Bill Sargoy —dijo la muchacha.

—No sé dónde se encuentra.

—Yo puedo llevarte al sitio.

—¿Con tu «tío»?

—¡No! —lo dijo muy rápido, y Arl empezó a creer que tío Mark temía en realidad a Bill Sargoy. — Iré sola, con tus vaqueros.

—Algunos tendrán que quedarse para llevar el ganado al rancho y luego custodiar a tu «pandilla» al pueblo.

—¡No los lles al pueblo! ¡Bastará con que se queden en el rancho!

Arl movió la cabeza, rechazando.

—Irán al pueblo y el sheriff se hará cargo de ellos.

—¡Está bien! ¡Que vayan al pueblo!... ¡Con más gana reiré cuando te vea huir ante Bill Sargoy!

Llegaron a donde estaban vaqueros, abigeos y ganado. El viejo Mark y los tres compinches parecían poco asustados, viendo regresar a Arl junto a la muchacha. Incluso se apreciaba en el rostro de los cuatro un gesto de burla.

—¿Qué? — preguntó el viejo—. ¿Nos podemos marchar?

Contestó Arl, designando a dos vaqueros:

—...Y si alguno intenta escapar, disparadle a un brazo o una pierna, para que se lleve nuestra «marca» —concluyó, después de explicarles que primero tenían que dejar el ganado en el rancho.

El viejo y los tres compinches miraron a la muchacha, como decepcionados.

—No os preocupéis —dijo ella—. No estaréis ni un día en la cárcel.

—¡Pero si nos linchan! —exclamó el viejo.

La muchacha estuvo unos momentos mirándolo fijamente. Más que rogarle, parecía estar ordenándole.

—¿Ya no confías en tu sobrina, tío Mark? —y dirigiéndose a los tres compinches—: ¿Tampoco vosotros? ¡Contestad! ¡Debo saberlo ahora!

Más que respetuosos, los cuatro parecieron atemorizados.

—¡Sí, sobrina! —se apresuró a decir el viejo—. ¡Confiamos en ti!...

Mientras Arl conversaba con los vaqueros, ella se acercó al viejo y le habló en voz muy baja. El viejo asintió con movimientos de cabeza, y empezó a sonreír.

La gente que tenía que acompañar a Arl procedió a revisar las armas. La muchacha fue la primera en montar. Lo hizo sobre la yegua atabanada.

—No —dijo Arl—. Esa yegua es demasiado rápida... y tal vez demasiado conocida. Ahí tienes un caballo que está a tono con los nuestros.

La joven obedeció, simulando indiferencia. Ya en marcha, el vaquero Telsey procuró hablar aparte a Arl.

—¡Creo que vamos a una encerrona! —y señaló a la muchacha, quien ya se había encasquetado el sombrero, pero sin conseguir ocultar del todo sus cabellos rubios—. ¡La he sorprendido haciéndole señas al viejo!...

—Si hay encerrona, ella será la primera en sentirlo. Estamos acostumbrados a sortear trampas... Y el dar con Bill Sargoy creo que vale la pena —¡contestó Arl.

—Sí, vale la pena —reconoció Telsey.

Un día todo el equipo juró no reparar en riesgos para dar con Bill Sargoy. Fue en el momento en que enterraban a dos compañeros...

CAPÍTULO II

Las huellas recientes les hicieron tomar más precauciones. Arl y otro vaquero se adelantaron.

Todos iban ahora procurando ocultarse tras, las lomas y riscos. Tenían la ventaja de que podían maniobrar cogiendo atajos y dando rodeos, mientras que los abigeos habían de seguir por precisión el fondo de la cañada que se prolongaba muchas millas.

—¡Ahí los tenemos! —dijo Arl a su compañero.

Los abigeos no parecían preocupados. Cualquiera diría que se trataba de una conducción normal.

—¿Y si no se trata de abigeos? —preguntó Telsey, el que acompañaba a Arl.

El capataz sonrió.

—Esa podía ser la jugarreta de esa muchacha, que nos lanzáramos contra gente honrada. Pero será fácil comprobarlo.

Rebasaron a los que iban delante de la manada. Desmontaron y después de asegurar los caballos, reptaron hasta la cima de la vertiente, esperando de bruces a que pasaran los que iban en cabeza.

Iban cuatro jinetes, con cara de estar cansados.

—¿Conoces a alguno? —preguntó Arl.

—A ninguno.

Si pertenecían a algún rancho de la comarca, era muy posible que se tratara de vaqueros contratados últimamente. Esto pensaban los dos.

De pronto Arl extendió un brazo para presionar en un hombro de Telsey.

—¡Ponte una mano en la boca para no gritar y mira al otro lado de la manada!

Iban seis jinetes en fila, todos con el mismo aire de cansancio.

—¡Bill Sargoy y sus coyotes! — rechinó Telsey.

Siguió una pausa. Los dos se miraron.

—La chica no nos engañó —dijo Arl.

—¡Me disculparé ante ella!

—Calma —replicó Arl, sonriendo—. Todavía es pronto para darle crédito. Quédate aquí. Voy por el resto, del grupo.

Descendió en busca de su caballo. Momentos después se reunía con los demás compañeros y con la muchacha. Esta mantenía una expresión burlona.

—¿Has visto, fantasmas? —preguntó, con ironía.

—Estoy verdaderamente asombrado — confesó Arl—. Es cierto que Bill Sargoy está aquí, con sus compinches.

—¿Y qué es lo que tiene de asombroso?

—Que me hayas dicho la verdad. ¿Es que Bill os ha hecho alguna mala pasada?

—¿Por qué?

—No es corriente que ladrones entre ladrones... Claro que Bill es de la peor calaña, traidor hasta con su propio hermano. ¿Os hizo alguna trastada?

—Tal vez. Pero te equivocas si piensas que te he informado para utilizarte como instrumento. Si tenemos alguna cuenta con Bill, la saldaremos por nuestros propios medios. Lo que yo persigo con esto...

Se interrumpió, los ojos ahora fulgentes, con una lumbre dorada. Toda ella se había transfigurado, vibrando, excitada.

—¿Qué? —preguntó Arl, mirando hacia la lejanía, quedando de lado a ella.

La muchacha contemplaba su perfil, de viril belleza; consideraba su aplomo, la adhesión que todos sus hombres demostraban, y deseó que ocurriera algo que lo situara en una posición grotesca.

—¡Tengo los oídos cansados de que te señalen como el ejemplo a seguir! ¡En Gebury, hasta las piedras gritan que solamente el capataz de Hillson sabe entendérselas con los abigeos! ¡Pues si es verdad, demuéstralo! ¡Ahí tienes a la pandilla más fuerte!

Arl la miró, entre burlón e indignado.

—¿Sigues pensando que me ensaño con los pequeños?

—¡Lo que yo piense no debe importarte! ¡A ver tus agallas con Bill Sargoy!

—Mala prueba has escogido —respondió Arl, gravemente—. Hace tiempo que todos los del equipo deseamos dar con ese canalla. Mató a traición a dos de s nuestros compañeros. Te lo digo para que cuando nos veas actuar no lo consideres un alarde nuestro ante ti. Llevamos una cuenta propia. ¡Vamos!

Se colocó delante, obligando a todos a correr.

Al llegar al sitio donde estaba Telsey, éste ya había montado.

—A dos millas de aquí tenemos el sitio adecuado —dijo Arl, sin detenerse.

Todos los vaqueros sabían a qué sitio se refería. Las dos vertientes que formaban la cañada tenían allí muchos peñascos.

Llegaron con tiempo suficiente para situarse en ambos lados. Había peñascos tan altos que permitían ocultarse aún estando montados.

—Podría descalzarte y quitarte el caballo —dijo Arl, dirigiéndose a la muchacha.

—¿Por qué? ¿No te fías de mí?

—En absoluto.

—¿Iba yo a huir, dependiendo mi tío de vosotros?

—No es eso lo que temo, sino que avises a Bill antes de que esté a nuestro alcance.

La muchacha se echó a reír.

—¡Avisar yo a ese cerdo! —desmontó y recostándose contra una roca, se cruzó de brazos—. ¡Que quede de guardia uno de tus vaqueros!

—Cuando se arme el zafarrancho, precisaré de todos —contestó Arl.

Le dio el revólver que le quitó al principio y se quedó mirando a la curva de la cañada. Transcurrió un rato de total silencio. Los vaqueros se habían ocultado, esparcidos.

Empezó a oírse rumor de ganado. Asomaron los cuatro jinetes que iban en cabeza.

—Si esto se pone mal para nosotros, y el tener relación con Bill no te interesa...

—¡Te digo que ese sujeto y su cuadrilla me producen náuseas! —contestó la muchacha,

—Bien. Si esto se pone feo para nosotros, monta a caballo y desaparece.

—¿A dónde deberé ir?

—Al rancho de mi patrón.

—¿Perdonará a los míos?

—Él no es quién para perdonar. Eso lo hará el juez y el Jurado.

Ella apretó los dientes, en un acceso de ira.

—¿Nada te hará cambiar?

—¡Ya estoy harto de oírte estupideces! ¡Yo no he hecho la ley! —La tenía cogida de los hombros, fuertemente, como si quisiera estrujárselos—. ¡Y aunque dependiera de mí, no movería un dedo por remediar la suerte de tu tío Mark! ¡Es lo más miserable que he visto, estar utilizando a una muchacha como tú, en suciedades como éstas!

Ella permanecía quieta, muy pegada a él, como complacida de que su situación lo indignara.

—¿Qué hay de malo en coger unos terneros donde hay tantos? —preguntó, otra vez entreabriendo los labios, insinuante.

Arl se quedó mirándola y preguntó:

—Te gusta que te besen, ¿verdad? ¡Quedarás complacida!

La rodeó con sus brazos y durante unos momentos ella quedó sin poder respirar, sintiéndose aplastada contra el pecho del hombre, los labios apresados por la boca de Arl.

—A mí me gusta besarte —dijo Arl, riendo.

Pero la realidad era que estaba como enervado.

—Hace un rato apenas te importaba —observó ella, forzando un tono indiferente, pero la verdad era que estaba a punto de prorrumpir en gritos de cólera.

—Me voy acostumbrando a ti...

Los cuatro jinetes ya estaban muy cerca. Arl, después de observar por un lado de un peñasco, montó a caballo, se inclinó sobre la montura y tanteó el revólver del lado derecho. Luego, el izquierdo.

Sin volverse a mirar a la muchacha, dijo, muy bajo:

—No se te ocurra bajar al fondo de la cañada... Si decides marcharte, emprende la vertiente hacia arriba. Vamos a provocar la estampida.

Fue alejándose, marchando al encuentro de la manada, siempre al amparo de los peñascos.

Atrás quedaban dos compañeros apostados en las alturas, con el rifle listo para intervenir en el momento en que Arl diera la señal.

Bill Sargoy, el principal objetivo de los vaqueros, no aparecía. Ya habían asomado los compinches con quienes antes iba en fila, pero el jefe no se veía entre ellos.

La manada había ido alargándose, hasta romperse. Después de unos momentos en que no aparecían más reses, asomó un pequeño grupo. Luego, otro.

Arl comprendió que no podía esperar más, pues hasta muchas millas más adelante no volverían a encontrar un terreno tan favorable, y para entonces ya tendrían la noche encima.

Impulsó el caballo fuera de los peñascos, yendo a situarse casi encima de los individuos que antes acompañaban a Bill.

Los abigeos lo reconocieron en seguida. Todos se dispusieron a desenfundar. La aparición de Arl era la señal para que intervinieran los rifles.

Se oyeron varias detonaciones. Los que iban en la cabeza de la manada intentaron retroceder. Dos cayeron en seguida, acribillados.

Los que estaban frente a Arl, ya con las armas en las manos, gritaron:

—¡De saber que estabas en la comarca...!

—¡El «terror» de los abigeos!

Lo decían en los segundos que mediaron entre la aparición de Arl y la inmovilidad en que quedó, mirándolos, como si no los considerara enemigos, el revólver todavía en la

funda.

Esto lo vio la muchacha y no se explicó que perdiera los segundos de ventaja que le daba la súbita aparición ante el enemigo. Pero Arl no quería ventajas, y menos en aquel momento.

Los disparos de rifle indujeron a los que Arl tenía delante a precipitarse a desenfundar. Era lo que Arl estaba esperando.

El arma apareció en su mano. Parecía haberse despegado del costado derecho una serpiente de fuego, enloquecida. Todo eran llamaradas lo que salía de su mano.

Los caballos quedaron sin jinetes. El ganado ya estaba formando remolinos.

Arl volvió a meterse entre los peñascos y siguió buscando el final de la manada, faltándole unas doscientas yardas para llegar a donde la cañada formaba la curva, apareció Bill, acompañado de varios compinches.

Todos llevaban el revólver, en la mano. Los dos rifles situados en las alturas seguían obligando al ganado a volverse. Los cuatro conductores ya habían sido abatidos.

En la vertiente en que se encontraba Arl, estaba Telsey. Arl lo había rebasado diciéndole:

—¡Sígueme!

Pero Telsey, al ver a Bill, se apartó de los peñascos. Los compañeros situados en la otra vertiente creyeron que era el momento de lanzarse sobre Bill a cara descubierta, y salieron de la barrera de roca.

—¡No! —les gritó Arl.

Pero ya no podía impedirlo. Las armas y los mugidos hacían imposible oír cualquier indicación.

Lo que Arl temía, ocurrió. No era la primera vez que Bill había reaccionado así: huir.

Mientras parte de los secuaces se batían contra los compañeros de Arl, Bill volvía grupas, seguido de dos compañeros. Luego, de dos más.

Galopaban a la desesperada, huyendo tanto de los disparos como de las reses. Dos compañeros de Arl oscilaban sobre sus monturas. Telsey era uno de ellos. Quedaba en el fondo de la cañada, a merced de la riada, y Arl se lanzó a cogerlo para colocarlo entre los peñascos.

—¡Bill se nos ha ido! —exclamó Arl, cuando vio que en el otro lado de la cañada el otro herido era colocado también en lugar seguro.

Telsey estaba herido en un hombro y perdía mucha sangre. Mientras lo vendaba, el capataz, el torrente de reses seguía pasando, a muy corta distancia.

—Lo siento, Arl... No hemos obedecido tu plan —dijo Telsey, haciendo visajes de dolor y rabia.

El plan de Arl era simplemente no salirle de cara a Bill mientras no hubiera alguien que le pudiera cortar la retirada.

—¡Sabéis que ese canalla sólo hace frente cuando se considera en situación ventajosa! —rezongó Arl.

—¿Por qué no lo seguimos?

Lo preguntó la muchacha, que se había acercado, montada a caballo. Por mucho que tratara de disimular, se advertía que el espectáculo la había afectado.

—¿Seguir a Bill? —dijo Arl, sardónico—. ¡Eso querría él para disparar a traición! ¡Así nos mató a dos compañeros!

Pronto el fondo de la cañada quedó libre de reses. Los vaqueros que estaban en la otra vertiente se reunieron con Arl.

La muchacha, sin darse cuenta, miró al terreno que centenares de pezuñas acababan de batir. Lo que vio la hizo emitir un grito de horror.

—¡Nadie te ha mandado que miraras! —dijo Ari obligándola a volverse de espaldas—. Cualquiera de nosotros ha podido correr esa misma suerte, por si eso te sirve de consuelo.

Dicho esto le volvió la espalda. Los que se encontraban de cara a la joven pudieron ver el gesto de estupor, luego de ira, que hacía ella, ante la dureza con que Arl le había hablado.

—¡Así agradeces que te avisara!...

—¿Por qué tenía que agradecértelo? Querías comprobar si con Bill y su pandilla nos «ensañábamos», como con vosotros. ¿Hemos sido más tolerantes?

Arl estaba de nuevo de cara a ella. La burla que brillaba en los ojos oscuros del

hombre la sacó de quicio.

—¡Estúpido!... ¡Después de todo... no los habéis atacado porque fueran abigeos, sino porque teníais una cuenta con ellos!...

—Ya contaba con ese comentario —replicó Arl—. Por eso te he advertido, antes de que atacáramos, que nuestro comportamiento nada tenía que ver con lo que tú querías comprobar.

La dejaba sin posibilidad de desvalorizar la acción de los vaqueros. Arl se había anticipado a lo que ella pudiera reprocharles.

—¡Muy astuto! — exclamó, irónica—. ¡Astuto e inflexible! ¡Harías carrera en la política!

—No me gusta.

—En los negocios...

—No soy ambicioso. Un día tendré un rancho mío, y me limitaré a vivir en paz.

—Si te dejan. Los tipos como tú no llegan a viejos.

Arl no le contestó. Se dirigió a los vaqueros y dijo:

—Las reses estarán demasiado esparcidas para entretenernos en reunir las. Regresemos al rancho y los interesados ya vendrán por ellas, si es que les importa recobrarlas.

Emprendieron la marcha apartándose de la cañada. La muchacha hizo un trayecto al lado de los dos heridos. La amabilidad con que les habló confortó a los dos vaqueros.

Ellos se encargaron de decir más tarde a los compañeros:

—¡Es una buena chica! ¡Debemos ayudarla!

—¿Y cómo?

—Convenciendo a Arl para que no apriete las tuercas.

—Arl se ha limitado a enviar al sheriff a los que iban con la chica.

—¡Si hay algún culpable, es el patrón y Blair, que debieron hacer la guardia en vez de jugar a las cartas! Le diremos al señor Hillson que si nos aprecia algo, retire la

denuncia.

Algunos vaqueros no parecieron muy convencidos.

—La pega la vamos a tener con Arl. El no cederá tan fácilmente.

—¡Quién sabe! —exclamó Telsey, con sorna, indicando a la pareja de jinetes que iban delante.

Eran Arl y la muchacha. Todos sonrieron, con malicia.

—Esa chica es capaz de marear al más firme.

Delante, algo separados del resto del grupo, la joven y Arl marcharon en silencio un buen trayecto. Arl permanecía muy atento al camino que cruzaban.

La muchacha se dio cuenta de que no era momento para distraerlo, y permaneció callada.

Pero cuando creyó que Arl ya no estaba tan preocupado por el peligro que pudiera surgir de momento, preguntó:

—¿Aspiras a tener un rancho?

—¿Qué tiene eso de particular?

—Si con el jornal de capataz piensas poder conseguir un rancho que merezca la pena... —comentó, en tono zumbón.

—Si piensas sugerirme que robe una manada... —contestó Arl, con la misma burla.

—¡Oh, no! ¿Cómo iba a proponerte eso? ¡Al «virtuoso» de Gebury!

Y rompió a reír. Él la miró con sorna.

—No te fíes de mi «virtud». Pueden no tentarme unos terneros ajenos, pero no me es fácil soportar la provocación de un matón, o de una coqueta.

Ella enrojeció, indignada.

—¡Yo no soy una coqueta! ¡Si me he dejado besar... ha sido porque... porque me siento acorralada! ¿Qué va a ser de mi tío?

—Depende de lo que él haya hecho.

—¡Hablaré con tu patrón! ¡Él será más comprensivo!

—No conseguirás nada. Todo lo más, que desembolse el dinero de la multa, en el supuesto de que no haya más condena que ésa. Pero tu tío será juzgado. Lo mismo que los tres compinches.

La muchacha empezó a perder color.

—¿También yo?

—Eso es lo único que decidirá el patrón. Nos has ayudado a dar con Bill. El que haya escapado no es culpa tuya... Me he dado cuenta de que te has ganado la simpatía de mis compañeros. Si te evitamos el bochorno de que te sientes en el banquillo, ya es algo.

Ella se mordió los labios y lo miró a hurtadillas. Una maligna sonrisa empezó a dibujarse en su boca.

—Sí. Ya es algo...

CAPÍTULO III

Hillson, el dueño del rancho, rebasaba ya los cincuenta años. Era de carácter bondadoso y siempre se había mostrado muy satisfecho de su equipo, sobre todo de su capataz.

Cuando le plantearon lo de la muchacha, Hillson contestó:

—Lo que tú decidas, Arl.

—Propongo ir a hablar con el sheriff.

Por unos momentos pareció asomar en los ojos de Hillson un aire de decepción.

—¿Para retirar la denuncia?

Esto extrañó a Arl. Estaba esperando todo lo contrario: que su patrón propusiera dar el asunto per liquidado.

—No he dicho nada de retirar la denuncia. Lo que pienso proponerle al sheriff es que la muchacha quede al margen de este asunto.

—¿Un trato de favor para ella?

Arl lo miró perplejo:

—¡No le comprendo! Temía tener que discutir con usted, suponiéndole inclinado a dar este asunto por terminado. ¿Qué le pasa?

—Que sigo tus consejos. Siempre has dicho que los abigeos...

—¡Yo no juzgo a los abigeos ni a nadie! Pero en este caso, aparte de que no ha habido violencia en el robo, esa muchacha sería un peligro sentada en el banquillo. Inclinaría al Jurado a su favor. El juez Belken sería el primero en desear que un día cometiéramos el menor desliz para sentarnos la mano.

Hillson se encogió de hombros, haciendo un gesto de indiferencia.

—Bah... Lo que el futuro me pueda traer en esta comarca no me preocupa. Voy a decirte algo que he mantenido en secreto mucho tiempo. Estoy en tratos para vender el rancho...

Arl lo miró atónito.

—¡No es cierto!

—Lo es. Estoy algo cansado... El precio es tentador. Puedo asegurarte que es el rancho que se pagará mejor en la comarca, gracias a ti, Arl. Tú lo has convertido en un rancho inaccesible para los abigeos. Así puedo vender bien. Los demás... que se arreglen como puedan, ya que no tuvieron cuidado al formar las plantillas.

Durante unos momentos Arl quedó pensativo.

—He estado ausente varios días y parece que se han producido muchos cambios en la comarca. Algo oí al llegar, de que una compañía minera se disponía a instalarse en la comarca para perforar ciertos montes...

—Así es. Se encontró rico mineral hace algún tiempo, pero se mantuvo en secreto. Si se hubiera sabido, los rancheros situados en las cercanías de esos montes hubieran comprendido ciertas cosas «extrañas» que hasta ahora han estado ocurriendo...

—¡Los robos de ganado!

—Sí. Las plantillas estaban podridas. Todas, menos la nuestra. Así he podido conseguir un buen precio.

Arl lo miró severamente.

—¡No debe ceder, patrón!

—Arl: Si yo accedo ahora, saldré haciendo, un buen negocio. Si me niego a vender, la compañía empezará la explotación de las minas sin necesidad de mi rancho, porque ya tiene terrenos que le permiten un camino fácil a la zona de explotación. Aparte de eso, nos quedaremos sin agua.

—¡Imposible!

—El agua bajará contaminada, Arl. Aunque ellos quisieran evitarlo, no podrían. Me lo han hecho ver sobre el propio terreno, durante tu ausencia. He esperado a tu regreso para contestar. Ellos saben el aprecio que os tengo y me han hecho una oferta que parece muy conveniente para todos vosotros. Esa compañía negocia también en ganado. Dispone de grandes encerraderos, y de muchos ranchos. Necesitan vaqueros experimentados, de conducta intachable...

—¡Que se vayan al diablo!

—Ofrecen casi el doble de lo que yo os pago.

—¿Trabajo honrado? —preguntó, mordaz.

—¡Claro!

—¡Y un cuerno! ¡Eso es una compañía de buitres...

—¿Acaso la conoces?

—No. Pero me basta con ver los métodos que aquí ha empleado, arrumando ranchos antes de comprar.

Hillson pareció unos momentos sin saber qué contestar.

—Bueno... Quizá los métodos que aquí se han empleado no han sido del todo correctos. Pero eso no es culpa de los que están en los altos cargos de la compañía. Ellos reconocen que hay delegados que actúan por su cuenta y por eso precisan de gente honrada. «Gibney Brothers» siempre ha sido una entidad de mucho prestigio.

—¿La «Gibney» anda en esto? —preguntó Arl, intrigado.

—Sí. Pero los representantes que han actuado en esta -comarca no han tenido en cuenta el buen nombre de la compañía, y los hermanos Gibney son los primeros en lamentarlo. En la empresa de ganado es donde más dificultades tienen. Al hablarles de

mi plantilla me han contestado que están dispuestos a contrataros. A ti, como capataz general, con poderes para sentar la mano allí donde veas un fallo... Y más todavía: te ofrecen un tanto por ciento de los beneficios, a partir del día en que ocupes el cargo y se noten las mejoras.

Arl lo miró con un gesto de burla.

—¿Ha bebido, patrón?

—¡Te juro que es cierto! ¡Tengo dentro el contrato donde van las condiciones en que podrás trabajar!... Vale la pena, Arl. Aparte la recompensa que yo os daré a todos, tú tendrás un regalo especial mío. Con un año de trabajo en la «Gibney Brothers» podrás conseguir el capital que precisas para tener un rancho de tu propiedad... ¿No crees que vale la pena?

—Lo discutiremos en otro momento. Ahora debo ir al pueblo.

Los vaqueros habían salido a distintos ranchos para dar la noticia de que habían tenido un choque con la pandilla de Bill Sargoy y que el ganado estaba esparcido.

Empezaba a anochecer.

—Yo, Arl... si quieres que te sea sincero, no movería un solo dedo por esos pobres diablos. Comprendo que sería demasiado cruel enviar a la muchacha a la cárcel... Si ella quiere permanecer aquí, hasta que los juzguen, no me opondré. Pero si hay condena, que la cumplan. Yo no pienso dar un centavo por ellos.

Arl se frotó la frente. Mirando de través a Hillson, dijo:

—Si hay multa, el dinero tendrá que salir de alguna parte.

—Pero no de mi bolsillo.

Tras una pausa, Arl manifestó:

—Hay algo raro en su actitud, patrón. Si quiere que sea sincero...

—Siempre lo he deseado. Es la cualidad que más me ha gustado en ti.

—Pues bien: usted siempre ha pecado de generoso. ¿Por qué ahora se muestra más intransigente que yo?

—Hum... Porque me das la impresión de que esa chica te ha fascinado. Reconozco que es preciosa, pero...

—¡No diga majaderías! —lo interrumpió Arl, irritado—. También usted me da otra impresión, que nada tiene que ver con los encantos de esa muchacha. A usted le escuece que unos pobres diablos hayan deshecho el cartel que tenía este rancho, de ser inaccesible para los abigeos. Pensando en vender el rancho, no se preocupó de la guardia y se puso a jugar con Blair. Ahora toda la comarca lo comenta: «¡Han burlado a Hillson!». Eso es lo que le fastidia...

—¿Y a ti no?

—Yo no me encontraba en el rancho, patrón. Vea de inspirar confianza a esa muchacha, para que se quede... A mi regreso hablaremos.

Salió de la casa. Aparentemente la joven, apenas llegar al rancho, había quedado encerrada en una de las habitaciones superiores. El mismo Hillson se encargó de dar vuelta a la llave.

No obstante, apenas Arl montó a caballo y emprendió la marcha hacia el pueblo apareció en la habitación donde se encontraba Hillson, sin necesidad de que éste ni nadie fueran a abrirle.

Y no apareció en actitud de persona que está a merced de otra más poderosa. Al contrario: era ella la que parecía en posición más fuerte.

—¡Lo ha hecho usted muy mal, señor Hillson!... ¡Demasiado pronto le ha dado a entender a su capataz que se opondrá a «ayudarnos»!

El ranchero se dejó caer en un asiento, consternado.

—¡Esto es muy peligroso, señorita!...

—¡Cuidado con pronunciar el nombre! —se apresuró ella a decir.

—De alguna forma la he de llamar.

—«Dot». Es el que emplea mi «tío Mark» y la gente qué va con él.

—Pues repito, «Dot», que esto es muy peligroso... para usted.

Ella lo miró desafiante.

—¿De veras?

—¡Como Arl se dé cuenta!... Lo mismo que sienta la mano a los abigeos, sabe

apañárselas para que las mujeres que lo provocan no se queden sin la respuesta adecuada. ¡Estoy asustado, se lo confieso!

—Debe estarlo. Porque como note por parte de usted el menor fallo, todo lo concertado se irá al demonio. Precisamente porque arriesgo mucho en este asunto seré inflexible con usted.

Después de un prolongado silencio, dijo Hillson:

—Es que no comprendo por qué persiste en su empeño. Le he dicho que Arl es el mejor capataz que pueda existir, es cierto. Y toda mi plantilla es buena. Ya los ha visto... ¿Qué más desea?

«Dot» se asomó a la puerta. Ya todo estaba muy oscuro.

—¡Quiero ganar cierta apuesta!

—¿Sin importarle el precio?

—Sin importarme el precio. Tengo dinero de sobra para permitirme ese lujo.

Pero Hillson no estaba pensando en el dinero. Y no se atrevió a decirle a la hermosa y arrogante joven que no había comprendido el verdadero sentido de su pregunta.

* * *

Lo que Arl había temido en un principio, que a la muchacha le diera por salir del rancho para captarse simpatías en el pueblo, no ocurrió.

Esto le satisfizo, porque la noticia de que Bill Sargoy había sufrido un descalabro se conocía en toda la comarca, y era muy posible que alguien hubiese visto a la muchacha yendo en el grupo de Arl.

Dos días llevaba «Dot» en el rancho, interesándose por todo lo que allí se hacía. El equipo estaba cada vez más inclinado a su favor.

—¡Ese «tío Mark» merecía que le saltaran la piel a latigazos, por haber dado tan mal ejemplo a una chica como «Dot»! —decían los vaqueros, hablando con el patrón.

Hillson asentía.

—Cosas de la vida. ¡Qué se le va a hacer!

—Usted podía ayudar a «Dot», patrón.

—¿Cómo?

—Retirando la denuncia contra su tío. Ella nos ha dicho que se encargará de que el viejo no vuelva a las andadas.

—Dejar a unos abigeos sin castigo va contra mis principios, muchachos. Y aunque en este caso me siento inclinado a hacer una excepción, de mí no depende todo. ¿Accedería Arl?

Los vaqueros ya contaban con esa objeción, y uno de ellos replicó:

—¡El patrón es usted!

—Hace tiempo que deposité toda mi confianza en Arl y no voy ahora a defraudarlo. Él tiene que decidir.

Esa era la labor que «Dot» quería que se hiciera: que todo el terreno que Arl pisara tuviera ortigas.

Él advertía la frialdad con que sus compañeros lo trataban, pero no se daba por aludido. La muchacha había adoptado la táctica de hablar con cualquiera antes que con él. Si con esto esperaba molestarle, se equivocó.

Porque él parecía desenvolverse mejor sin tener a «Dot» como sombra.

—Mañana bajaré al pueblo —dijo Arl, al atardecer del segundo día—. El juez Belken ya debe estar al llegar.

Se lo dijo a Hillson, en un momento en que los vaqueros podían oírle.

—¿Dan buena comida a los detenidos? —preguntó el patrón.

—La que siempre se ha dado.

Todos miraron a la muchacha, esperando que ella prorrumpiera en denuestos contra Arl, por la indiferencia con que se expresaba. Pero se encontraron con que «Dot» esbozaba una sonrisa burlona.

Esto no lo vio Arl.

Al día siguiente, cuando visitó al sheriff, se encontró con algo inesperado.

—Muchos honrados ciudadanos desearían estar en la cárcel, si supieran que los iban a

tratar lo mismo —dijo el de la estrella, mirando a Arl con aire decepcionado.

—¿Qué ocurre?

—Tú sabrás que me pides que tenga detenidos a unos individuos que importa que estén muy bien alimentados.

—¡Yo no sé más que los sorprendí remarcando ganado del patrón!

La sinceridad con que se expresaba Arl hizo que el sheriff abandonara la actitud irónica. El sheriff Brown era un buen hombre que estaba asqueado de la cobardía de muchos de la comarca. Siempre había admirado la entereza de Arl.

—Lo que ocurre es... que del mejor hotel del pueblo traen la comida para los detenidos.

Arl apretó las mandíbulas. Pensaba en que era una «habilidad» de la sorprendente muchacha que tenían en el rancho y preguntó:

—¿Y usted deja pasar lo que le envíen, sin más?

—Aún no han sido juzgados. La ley no prohíbe que se alimenten por su cuenta... Pero lo peor no es eso, Arl. Esta mañana he recibido un telegrama del juez Belken anunciando que tardaría algunos días en pasar por aquí. Será la primera vez que esto ocurra. El juez Belken nunca se ha retrasado más de un par de días...

Arl hizo como que lo tomaba a broma.

—Después de todo, si hay «alguien» que corre con los gastos de alimentación, no podrán quejarse.

—Pues se quejan. No ante mí, que eso al fin y al cabo tendría poca importancia. El viejo es un charlatán que no se cansa por mucho que le digas. Primero habló con el mozo del hotel. Más tarde, con varios vecinos, que me pidieron permiso para verlo. ¿Sabes qué dice? Que es víctima de un complot. Que «alguien», con el propósito de ganarse la voluntad de su sobrina, lo ha complicado en un robo... Y que ni él ni sus tres amigos saldrán mientras el que persigue a su sobrina no tenga éxito.

Arl lo escuchaba impasible.

—¿A quién señalan?

—El viejo no ha dado nombre de nadie, pero ha soltado así como quien no lo hace, detalles que te complican.

—¿A mí?

—En el pueblo no se ignora tu buena suerte con las mujeres y ahora piensan que has encontrado quien te, hace frente. Todos están muy interesados por conocer a esa muchacha... Y creo que lo mejor sería que la invitarais a salir del rancho. No falta quien piensa que la tenéis poco menos que secuestrada.

Arl rompió a reír.

—¡Eso sólo pueden pensarlo los majaderos! La decencia del señor Hillson está por encima de todos esos chismes. Lo que ocurre es que a muchos les duele que haya sido el equipo del señor Hillson el que haya dado un golpe a la pandilla de Bill Sargoy...

—Estoy de acuerdo contigo. Vuestro equipo siempre ha sido el ejemplo a seguir. Pero eso os perjudica ahora. Nadie se explica que cuatro desgraciados pudieran llevarse una partida de ganado, sin encontrar dificultades...

—Pero nosotros no estábamos en el rancho, el pueblo lo sabe.

—No quieren acordarse.

—¡Está bien! Déjeme hablar con los detenidos.

Pasó a las celdas. Desde allí le habían oído hablando con el sheriff y los cuatro se encontraban tumbados en el camastro, haciendo como que dormían.

—¡Oiga, Mark, o como el diablo haya dispuesto que se llame! ¿Quiere repetir lo que ha dicho a los vecinos?

El viejo parecía dispuesto a seguir haciéndose el dormido.

—Está bien. Dentro de una hora estaré aquí con su «sobrina». Aunque tenga que atarla a la silla, ella vendrá conmigo...

Hizo tanto efecto, que no solamente el viejo sino los otros tres saltaron del camastro, aterrorizados.

—¡No! ¡Ella nada sabe de esto! — exclamó el viejo, agarrándose a los barrotes de la puerta.

Arl estaba a solas con ellos. Retrocedió unos pasos para abarcar a todos con la mirada y sonrió.

—¡Conque le tienen miedo a la habilidosa niña! ¿Puedo saber por qué?

Los cuatro inclinaron la cabeza y no contestaron.

—Bien. Ella me lo dirá.

El viejo Mark hizo un gesto de desesperación.

—¡Hemos rodado mucho! ¿Comprendes? ¡Mis tres amigos y yo... quizá alguna vez hemos echado mano a unas cuantas reses!

—Eso no es nuevo...

—¡Entiende! ¡Quiero decir... que quizá alguna vez nos han cogido haciéndolo! ¡Y en sitios donde no se espera al juez! Basta con tener a mano una cuerda... y asunto liquidado. '

—Sigue usted sin contestar a lo que le he preguntado.

—¡Te lo estoy diciendo! Si te sorprenden con las manos metidas en el barro... y en vez de ponerte la cuerda al cuello... te proponen un pacto... ¿Tú qué harías?

—No me he visto todavía en esa situación, pero creo que lo mismo que hizo usted: salvar el cuello... hasta el extremo de aceptar a una «sobrina» que lleva tras su cara bonita todas las astucias de una arpía.

Otra vez los cuatro parecieron aterrorizados.

—¡Nosotros no te hemos dicho que ella...! —prorrumpió el viejo,.

—No. Y así lo haré constar, si llega el caso. Pero su «sobrina» debió cuidar mucho mejor detalles como sus manos finas, su manera de hablar... Del papel que ha querido representar solamente ha cogido bien el descaro con que provoca. Lo que persigue con todo esto todavía no lo entiendo, pero no les forzaré a que me lo digan...

—No podríamos hacerlo, aunque quisiéramos. Ella nos contrató para que nos hiciéramos cargo del lote de reses que ya estaba fuera del rancho cuando nosotros llegamos.

—Eso ya está más de acuerdo con la falta de vigilancia en el rancho. Mi patrón secundaba el juego... ¿Ella les esperaba junto a las reses?

—Sí... Y cuando nos hicimos cargo del ganado, nos señaló el camino que debíamos seguir, y donde teníamos que detenemos para «remarcar». Ella prometió reunirse con

nosotros de buena mañana, y así lo hizo.

El viejo se cubrió el rostro con las dos manos. Arl se dio cuenta que lloraba.

—No se preocupe —y mirando a los otros tres—. Tampoco vosotros. Voy contra los abigeos... ¡pero todavía resisto menos a los, que se valen de los pecados ajenos para maniobrar en beneficio propio! El hacer correr el rumor de que no los soltarían hasta que «alguien» hubiese tenido éxito, ¿fue cosa de ella?

El viejo asintió.

—Ella dijo: «Conviene que todos comiencen a pensar que el capataz del señor Hillson es tan fácil al soborno como otro cualquiera». Y entonces me explicó que debíamos decir que nos retenías en la cárcel para acosarla...

—Pues sigan cumpliendo sus indicaciones —dijo Arl.

—¿No te molestará?

Arl rompió a reír.

—En absoluto. Coman bien y duerman mejor...

Se alejó de las celdas. En la puerta que daba a la calle encontró al sheriff, en actitud distraída.

—¿Terminaste, Arl?

—Sí, sheriff. Se niegan a hablar conmigo —y se quedó mirando fijamente al de la estrella.

—De acuerdo, Arl. No has conseguido sacarles nada.

—Gracias, sheriff.

—Pero lleva cuidado...' Tras de todo esto veo demasiado poder. Que un hombre como el juez Belken me anuncie un retraso de tantos días...

—Posiblemente, una casualidad.

—¿También el que tú dieras con la pandilla de Bill Sargoy, cuando tantas patrullas iban buscándole?

—¿Está seguro de que lo buscaban? —replicó Arl, mordaz.

—Sé lo que quieres darme a entender. A otros no les interesaba dar con la ruta exacta. A ti, sí...

—Usted no ignora que hace tiempo que todo el equipo está interesado en encontrar a ese canalla.

—Lo sé. Y lo que me preocupa es que hayan querido aprovecharse de vuestra animadversión contra Bill.

—Desde luego, han querido aprovecharse —contestó Arl, montando a caballo.

Muchos se habían detenido por los alrededores de la oficina para observar a Arl.

—¿De veras es bonita? —preguntó el sheriff, muy bajo, colocándose junto al caballo.

—¡Preciosa! Si hay ocasión la verá usted... Y todo el pueblo.

Llevando la montura al paso, salió del pueblo. Dos jinetes forasteros echaron tras de él...

CAPÍTULO IV

Al principio Arl no pensó hacer nada por evitarlos, mientras se limitaran a seguirlo a distancia. Pero de pronto cambió de parecer

Aceleró, abandonando el camino general. Los dos le imitaron. Los accidentes del terreno le permitieron maniobrar sin que los que le seguían pudieran verle.

Después de estar un rato yendo de un lado a otro, los dos forasteros se detuvieron.

—¡Es imposible que ya esté en el rancho!

—¡Debimos darle el alto!

Lo decían desmontados, cada vez más furiosos.

—¿Qué haremos ahora? Él lo ha visto pasar desde el balcón del hotel. No se explicará que se nos haya escapado. Dirá que ha sido por miedo...

—¡Miedo nosotros! —rechinó el otro.

Arl apareció por un lado de la loma al pie de la cual se habían detenido los dos individuos.

—Yo os justificaré —empezó a decir.

Los dos giraron, ya con las armas en las manos. Llamearon las de Arl. Disparó a dos manos.

Uno de los individuos cayó en seguida. El otro soltó las armas y con las dos manos en el pecho, fue caminando, como beodo.

—¡Queríamos... sólo desarmarte!... —dijo, ahogándose.

Arl lo sostuvo mientras se acucillaba, hasta quedar recostado contra una piedra.

—¿Nada más desarmarme? — preguntó Arl, con ironía—. ¿Eso para vosotros significa poco?

El herido lo miró con ojos de beodo.

—De no ser... porque el que nos paga... nos había mandado hablar, te hubiéramos matado. Pero ya se encargará Bill...

—¿No es Bill quien os ha pagado ahora?

—No.

—¡Claro! Bill no estaría en un hotel... ¿Puedo saber el nombre del que os ha enviado tras de mí?

—Sabemos sólo... su encargo... La chica... que tenéis en el rancho... no es lo que aparenta... Ha hecho una apuesta... de que tú...

—...Soltaré a los abigeos que he mandado encerrar — completó Arl, viendo que el individuo se ahogaba—. Y esa apuesta la ha hecho con el que os ha pagado. ¡Buen par de truhanes, ella y el tipo que apostó!

Se quedó mirando a lo lejos, con los ojos inyectados en sangre.

—Pero hay un tercero que no pidió entrar en el juego —siguió Arl, ahora con voz ronca—. ¡Y ése también va a hacer su apuesta! ¡A ti y al diablo os pongo por testigos!

Se volvió a mirar al pistolero. Estaba muerto.

—Queda el diablo.

Fue en busca del caballo, que había escondido entre unas rocas. Dio un largo rodeo para regresar al rancho.

De la forma que habían quedado los dos pistoleros parecía que ellos mismos se habían exterminado.

Cuando Arl lanzó el caballo por el zigzagueante sendero que había en el roquedal más fácil de cruzar para llegar al rancho, ya tenía decidida la actitud a adoptar.

Con cara de la mayor perplejidad, anunció a Hillson, estando presentes la muchacha y los vaqueros:

—¡Les dan comida del mejor hotel!... Parece que hay gente que se compadece de esos pobres diablos. Y lo que es peor: el pueblo comienza a mirarme como si yo tuviera la culpa de que unos abigeos hayan ido a parar a la cárcel.

—¿Y no tienes la culpa? —inquirió la muchacha.

—Según mis principios...

—¡Tus principios! ¡Qué ridiculez!

Arl miró a Hillson y a los vaqueros.

—¿Qué opináis?

Siguió un silencio. En el rostro de los compañeros no podía haber mayor hostilidad.'

—¡Arl! ¡Hay casos en que es necesario tener mano blanda! —prorrumpió el vaquero Eaker.

Los otros asintieron. Arl movió los hombros, sonriendo:

—Es curioso, patrón. Cuando regresamos después de varios días de ausencia, usted nos recibió abrumado. Se resistió a decimos el motivo y cuando lo hizo pensé que lo que usted trataba de evitar era causamos molestias.

—Así era —contestó Hillson.

—Ya no pienso eso. A usted le molestaba que se supiera que su rancho hubiese sido «visitado». A cada momento veo que cambia de parecer. Al principio no pensaba dar un centavo por estos pobres diablos...

—¡Y sigo en lo mismo!

—¡Bastará con que tú le digas al sheriff que los suelte! —propuso el vaquero Eaker.

Arl quedó pensativo.

—De veras que no entiendo qué pasa aquí. A los detenidos les envían buena comida. El pueblo y mis compañeros me miran como si fuera culpable de que unos sujetos hayan echado mano de unas cuantas reses del rancho donde soy capataz... Lo peor es que esto va a hacerse largo, porque el juez Belken ha teleografiado que tardará unos días en llegar.

Como distraído, miró fugazmente a «Dot». Por pronto que ella quiso disimular, él ya había captado en los labios de la muchacha una irónica sonrisa.

—Tendré que pensarlo. Hoy ya es tarde para decidir... ¿Sabe, patrón? Estoy deseando dejar esta comarca. ¿Podría ver «aquello» de que hablamos el otro día?

Dio el efecto de que Hillson no estaba esperando otra cosa.

—¡Oh, sí! ¡Vamos al despacho!

Había tres copias del contrato. Una, para la compañía; otra, para Arl. La tercera se la debía quedar Hillson.

—Como verás, ya están firmados por la compañía y por mí... Estudia las condiciones y si te parecen bien, no tienes más que firmar.

Por dos veces leyó Arl las cláusulas del contrato, buscando el «gato». Pero no lo encontró. Le daban amplios poderes para decidir en el negocio del ganado. Lo único que la compañía le pedía era acierto en la dirección de la empresa. A partir del momento en que Arl se hiciese cargo del negocio, si los beneficios se mejoraban, tendría un tanto por ciento.

Hillson lo miraba con gran ansiedad. El silencio, en que permanecía era demasiado grande y el ranchero temía que Arl oyera en la habitación contigua rumor de pasos.

La puerta del despacho había quedado entornada, intencionadamente.

Arl se levantó de pronto y abrió. «Dot» emitió un grito e intentó retroceder. Él la agarró de un brazo.

—¿Qué hacías aquí?

—¡Escuchar! ¿No tengo motivos?

—Lo que el señor Hillson y yo estamos tratando no se refiere a vosotros.

—Ah — y la muchacha sonrió, disculpándose—. Creí que... ibas a decidir sobre nuestra suerte.

—No. Esto se refiere a la mía. Y ya que estás aquí, vas a presenciar cómo doy el primer paso para meter la cabeza en la boca de un león.

—¿Por qué, Arl? —preguntó Hillson—. ¡Vas a tener un gran porvenir!...

Arl miró al techo. La muchacha y el ranchero lo imitaron.

—Veo una bandada de buitres revoloteando sobre mi cabeza... No obstante, todo es preferible a seguir en comarcas como ésta y a recibir órdenes de un patrón que cambia a cada momento, según cómo lo miren unos ojos bonitos.

Cogió la pluma y firmó las tres copias. El ranchero y «Dot» se miraron. En el ranchero había satisfacción. En la muchacha, algo de miedo.

—Me guardo mi copia. ¿Hasta cuándo he de trabajar para usted?

—Pues..., tan pronto resuelvas lo de esta chica...

—Pongamos ocho días. No creo que tarde más el juez Belken.

Se dispuso a salir.

—¿Te llevarás la plantilla? —preguntó Hillson.

—Ya veremos. Los creía más fuertes al soborno de unos ojos dulces —contestó Arl, mirando en burla a «Dot».

La muchacha enrojeció, los ojos chispeantes de ira. Iba a contestarle, pero él ya se había marchado hacia los pabellones del personal.

Tras un pesado silencio, Hillson dijo:

—Me temo... que con Arl... Ya la previne...

Ella se volvió rápida, para mirar al ranchero.

—¿Usted en el fondo se alegra! ¿Verdad?

—Pues si he de ser sincero, sí... ¡Arl es un muchacho de una integridad extraordinaria! Por algo impuse esa condición a la compañía: que se llevaran al hombre que les hacía falta para poner orden en el negocio del ganado. Con eso hago un bien a la compañía y de rechazo a Arl...

La muchacha, con los ojos encendidos de maligna alegría, dijo:

—Ese estúpido acaba de decir que estaba encaminándose de cabeza a la boca de un león...

—También ha hablado de buitres.

—¡También! ¡Y todo puede ser más verdad de lo que él imagina!

Después de una pausa, Hillson dijo, en tono conciliador:

—Debía renunciar a su empeño...

—¡Nunca!

—Pero ¿qué mal existe en que ese muchacho tenga sus principios? ¿Por qué apostó a que fallaría?

—¡Porque yo también tengo mis principios! ¡Sé que toda rectitud tiene un precio!... Además, sospecho que su hombre «íntegro» es un gran hipócrita. ¿Quiere saber por qué he apostado? Porque cuando se presentó en la compañía la condición que usted imponía para ceder el rancho, de que se nombrara a ese individuo como capataz general, el primero en apoyar su nombramiento fue Owens Wren...

Hillson la miró impasible.

—No comprendo. ¿Quién es ese hombre?

—El peor bicho que tiene la compañía. Tengo la seguridad de que todos los atropellos que se han cometido en esta comarca los ha instigado él —la muchacha se interrumpió, para soltar una breve risa: — ¡Quisiera ver la cara de Owens cuando sepa que la pandilla de Bill Sargoy ha recibido una tunda!

—¡Demonio! ¿Es que usted supone que son cómplices?

—¡Estoy segura! Hace tiempo que sospecho que Owens alquila pandillas... ¡Y lo gracioso va a ser que vea que precisamente el que apoyaba para capataz general, es el que le ha dado el trastazo a Bill!...

Siguió riendo. Todo lo contrario que ocurría a Hillson. Este por momentos estaba más serio.

—¿Usted cree de veras que Arl es capaz de haber estado simulando honradez, solamente para que un día vengan unos señores a contratarlo?

La muchacha dejó de reír, afectada por el tono del ranchero.

—Bueno, no eso precisamente... Digo que una cosa es cierta hasta que se demuestra lo contrario. Para mí significa mucho que un hombre como Owans Wren apoye a su capataz, y arriesgue muchos miles de dólares en la apuesta.

Con las manos en la cintura, erguida, dio unos pasos hacia la habitación que comunicaba con el despacho. Se volvió, con aire arrogante.

—Hasta ahora no me he ocupado de su capataz —dijo, sonriendo maliciosamente—. Ve a qué trabajo le manda mañana, para que se aleje de la casa... Debo encontrarme con él... a solas.

Hillson la miró gravemente.

—Palabra de honor que no pondré a Arl sobre aviso —dijo el ranchero—. Usted está a tiempo de emprender la retirada... Si no lo hace, luego no se queje, porque yo no la atenderé.

—Eso quiero —contestó ella, con arrogancia.

El lugar donde se encontraron no podía ser más a propósito. Rocas y árboles los ocultaban.

* * *

Arl se había detenido allí unos momentos, para dirigir una mirada a los prados que tenía abajo donde negreaban manchas de ganado. El patrón le había encargado que hiciera un cálculo sobre el número de reses que tenían en aquella parte del rancho.

Lo que Arl hacía en aquellos momentos era despedirse de aquella tierra. Estaba seguro de que eran sus últimas horas allí.

Vio a la muchacha montando la yegua. La amazona no llevaba sombrero. Tampoco el chaleco de piel que solía atenuar el desafío de su bravío busto.

—¡Te buscaba! —gritó desde abajo.

Arl siguió sentado sobre el peñasco, desde el que podía ver la pradera.

Ella saltó a tierra, apenas llegar junto a Arl, sin haber detenido la montura. Llevaba la camisa más desabrochada que de costumbre y se veía la línea del seno. Quedó plantada ante Arl.

—¿Qué? ¿Has decidido sobre nosotros?

Otra vez como el primer día, lo miraba envolviéndole, los labios insinuantes.

—Lo decidirá el juez —contestó Arl, sosteniendo su mirada.

Ella se echó a reír.

—¡Bien! ¡Tú ganas!... ¿Sabes? Creo que en este caso me gusta perder. Sé que rabias por no poder acceder a mis ruegos... Porque yo te gusto, Arl. ¡Dilo! Con la misma sinceridad con que yo voy a confesar... que desde el primer momento... deseé que me besaras...

Arl la rodeó con sus brazos y empezó a inclinarse sobre su rostro.

—Sí, me interesas... Y me gusta besarte...

En el momento en que le rozaba los labios ella se soltó corriendo hacia donde había quedado la yegua. Pero antes de llegar se detuvo.

De espaldas a Arl, dijo:

—¡Cómo lamento no ser digna de ti, Arl!... Soy... una cualquier cosa. El mal ejemplo de mi «tío»... La miseria... Tal vez un poco de maldad en mí... me ha llevado a pasos muy degradantes...

—¿Por qué me dices eso?

Ella se volvió. Tanto se entregaba a su papel, que hasta los ojos le brillaban con lágrimas.

—¡Porque debo decírtelo!... No eres el primer hombre que me tiene en sus brazos, Arl!... ¡Si tú me ayudarás!...

—¿Queriéndote? No va a ser difícil. Aparte de que eres muy bonita, tienes carácter...

—¿Y de qué sirve todo eso? ¡En un hombre, sí! ¡Ya he visto que has hecho tu suerte ingresando en una gran compañía!...

Era la piedra de toque. La muchacha se había pasado la noche desvelada, pensando en la situación de Arl. Ahora ya había firmado. Si sabía algo de ella, podría comprobarlo ahora, provocándolo...

—Esa suerte la compartiré contigo — dijo Arl.

—¿Cómo?

—Convirtiéndote en mi esposa.

Ella hizo un gesto de estupor.

—¿Cuándo sería eso?

—Tan pronto llegara el juez Belken.

Siguió un silencio. La muchacha no se atrevía a mirarle. La turbaban los ojos de Arl.

—Eso... No podría ser... Ya te he dicho... que otros hombres...

—Otras mujeres han pasado por mi vida —contestó Arl.

La rodeó con sus brazos. Por unos momentos la muchacha tembló. Luego, como si el peligro la excitara, levantó el rostro, con aire de entrega.

—¿De veras... te casarías conmigo?

—Te quiero... Y me considero capaz de hacerte feliz a mi lado. Todo lo olvidarías. ¡Todo! Sólo existiría yo...

—¡Y yo!

—¡Uno para el otro! —dijo Arl.

Fue en el momento en que ella iba a soltarse, cuando él le apresó los labios. La forma con que la besaba ahora, hizo que todas las ideas que ella creía bien asentadas en su cabeza saltaran hechas pedazos. Todo en el cuerpo de la muchacha, sangre, nervios, piel, se puso en contra de ella.

«¡No es posible! ¡Él sabe quién soy!», decía el pensamiento de «Dot», mientras se hundía en un caos, sintiendo las apasionadas caricias del hombre, sin fuerzas para rechazarlas.

* * *

Arl mantenía el gesto de la mayor naturalidad. En vano ella, todavía con el cabello revuelto, sentada en el suelo, mortalmente pálida, lo escrutaba ferozmente con los ojos secos.

—Tan pronto llegue el juez Belken, todo quedará resuelto. El juicio será muy breve. Tardará más la ceremonia de matrimonio...

Ella fue incorporándose, sin conseguir la respiración libre que tanto necesitaba. Por fin logró un grito de guerrero indio.

—¡Miserable! ¿Sabes qué has hecho?

Arl rompió a reír.

—¡Pero «Dot»! ¿Es que ahora vas a caer en las tonterías de cualquier mojigata? Eso no te va. Te cae mejor la sinceridad. A mí no me preocupa tu pasado. Yo también tengo el mío...

«Dot» se apretaba las sienes como temiendo que su cabeza fuera a estallar.

—Porque supongo... que has dicho la verdad, cuando me has pedido que te amparara.

Con el semblante congestionado, los ojos echando fuego, «Dot» avanzó hacia él.

—¿Y así «amparas» a una mujer?

—Cuando es bonita... y me pide con los ojos y los labios, lo que los tuyos pedían, así la ayudo. Pero contigo voy más lejos. Te quiero. Y nos casaremos.

Siguió un silencio. Ella fue alentando profundamente, mirando a Arl, mientras iba abrochándose la camisa vaquera.

—¿Estás seguro... de que nos casaremos? —preguntó sordamente.

—¡Y tan seguro! —contestó Arl—. ¡Ahora lo anunciaremos al señor Hillson y a los muchachos! Luego iremos a ver al sheriff...

«¡Caíste!», gritó un demonio dentro de «Dot». De momento, para nada contaba lo que aquel hombre acababa de hacer con ella.

—¡Sí! ¡Vamos a anunciarlo! —y la muchacha corrió hacia la yegua.

Marcharon al galope. El aire de la rápida cabalgada fue serenando a «Dot». Cuando llegaron a la casa, nadie podía sospechar que dentro de la joven estuviese latiendo un volcán.

—¡Patrón! ¡Muchachos! ¡Oíd esto! —llamó Arl.

Los vaqueros fueron reuniéndose al pie del porche. Hillson salió de la casa.

—¿Qué hay? —preguntó el ranchero.

—¡Dilo tú, «Dot»!

La muchacha pareció turbarse. Por lo menos inclinó la cabeza al decir:

—Arl... y yo... nos queremos... y pensamos casarnos.

Hillson abrió la boca como esperando que saliera una mosca. Estuvo unos momentos mirando a uno y otro.

—¿Pensáis... casaros? ¿Cuándo?

—¡Cada cosa a su tiempo! —dijo Arl, rompiendo a reír—. ¡Ahora vamos a ver al sheriff! Vuelvo en seguida, querida...

Se fue con el caballo. Tardó muy pocos minutos en regresar. Lo hizo llevando otro caballo, más resistente. Nadie reparó en ello.

Menos que nadie, Hillson y la muchacha. Los dos se encontraban en el porche, hablando muy bajo.

—¡Lo ha conseguido!

—¡Sí! —contestó ella, esquivando la mirada del ranchero.

Hillson estaba desconcertado.

—¿Qué piensas hacer, una vez Arl suelte a esos hombres? ¿Huir?

Ella lo miró con feroz burla.

—Primero he de hacer que, todo el pueblo se dé cuenta que tenían a un ídolo de barro.

El ranchero estaba disgustado por la facilidad con que Arl se había dejado vencer. No obstante, temió por la muchacha.

—Lleve cuidado.

Ahora ella le infundió miedo por la manera con que lo miró.

—Ya es demasiado tarde... A partir de ahora, Arl va a vivir bajo la tortura de sentir muchas veces revoloteando sobre su cabeza una bandada de buitres.

Los vaqueros permanecían aparte, hablando muy bajo, todos igualmente estupefactos. Algunos empezaron a despotricar contra Arl.

—¡Vaya juego que se ha llevado!...

Callaron cuando Arl apareció con otro caballo.

—Vamos a ver al sheriff, querida...

La muchacha saltó sobre la yegua. Cuando la pareja estuvo algo lejos, un vaquero preguntó:

—¿Por qué Arl se lleva el equipo de marcha? ¿Es que no va a volver?

Entonces reparó Hillson en el cambio de montura. Y dijo, confuso:

—Al menos para que liquidemos cuentas, tendrá que volver.

Apenas cruzaron la palabra hasta llegar al pueblo, Arl y la amazona. Ya entrando en la calle Mayor, dijo él:

—El sheriff no creerá que estamos dispuestos a casarnos...

—¿Por qué? —preguntó ella, inquieta.

—Porque no pareces muy contenta.

Ella se apresuró a corregir su gesto adusto. Muchos en la calle se habían detenido, para mirarles. La muchacha vestía como el primer día que la vio Arl.

Llevaba la cabellera suelta. Su busto se revelaba en un turbador aleteo, al paso del caballo.

Ella se dio cuenta de la curiosidad con que todos la miraban, más bien la adhesión hacia la que consideraban «víctima» de la severidad con que el capataz de Hillson solía llevar los asuntos de los abigeos. Y creyó que era el momento de desplegar su

arte de mujer coqueta.

Se puso a hablar con Arl, riendo a cada instante, hasta que llegaron a la oficina del sheriff. Ya el de la estrella aguardaba en la puerta. Y muchos vecinos.

—Sheriff: Esta es la sobrina del viejo Mark — dijo Arl, sin desmontar—. Usted me preguntó si era bonita. Mírela.

El sheriff Brown contestó en seguida:

—¡No he visto a muchacha más bonita!... ¿Por qué demonios estás metida en cosas tan burdas como «arrear» ganado?

—La culpa la tiene el viejo Mark... Pero todo se andará. Yo he recibido el consentimiento de ella para llevarla por el buen camino. ¿Es cierto? — y miró a la muchacha.

—Así es —contestó ella—. Porque hay más, sheriff: Arl «accede» a ser mi esposo... a pesar de todo.

El de la estrella miró a Arl, como asustado.

—¿Es cierto?

—Sí. A pesar de todo... ella y yo nos casaremos. Pero no será antes de que el asunto del ganado quede resuelto.

Cada vez había más gente escuchándoles. En muchas caras apareció el gesto de sorna. «¡Ya! ¡Ahora, a retirar la demanda!»

Arl había dejado una pausa, como queriendo dar tiempo a los que le escuchaban a que fueran creando suposiciones sobre lo que haría o dejaría de hacer.

—Y bien, sheriff: Como ella se ha considerado tan culpable como su tío, no es justo que no sufra las mismas consecuencias. Además, yo no podría marcharme tranquilo, dejándola entre extraños. Que pase a la celda de su tío Mark hasta que yo regrese...

«Dot» empezó a palidecer.

—¿Qué te propones?

—Nada malo, querida. A tu tío y a los otros no los pueden juzgar en tanto no llegue el juez. Creo que el Jurado será muy benévolo con todos vosotros. Si hay multa, yo la pagaré... aunque me quede sin un centavo para la boda.

Ella le miraba sin saber si romper a reír, o prorrumpir en denuestos. Varias veces estuvo tentada a gritar su verdadero nombre. Pero se dio cuenta de que todos de repente se pondrían del lado de Arl, y en contra de aquella joven rica que jugaba a los abigeos.

Comprendió que de momento lo mejor era la actitud de víctima.

—¿Por qué en la celda, Arl?

—Porque teniéndote en el rancho las comadres del pueblo encontrarían tela que cortar. En la celda estarás con tu querido tío Mark. Vamos.

Fue él quien cogiéndola de la cintura la obligó a apearse. Y él quien, seguido del sheriff, la llevó a las celdas donde estaban el viejo y los tres jóvenes compinches. Aquello apestaba a sudor y a tabaco malo.

«Dot» iba a rebelarse, pero él le oprimió un brazo.

—Esto no es nada malo, querida. Tú debes estar acostumbrada a cosas peores. ¿Verdad?

—¡Ve en busca del juez! ¡Y procura llegar cuanto antes! — dijo roncamente «Dot», en el momento en que entraba en la celda donde se hallaba el viejo Mark, quien parecía un montón de harapos, tan encogido permanecía.

—Cualquiera pensaría que no estás enamorada de mí —comentó Arl, en tono jocoso—. ¿Verdad, sheriff?

—Pues... más bien parece que quiere fulminarte.

—Es la forma que tiene de reaccionar esta fierecilla, cuando la contrarían. A veces, incluso muerde...

—¿Tu patrón autoriza esto?

—El nada tiene que ver en este asunto. Todos lo han dejado sobre mis hombros... Viejo Mark; y también vosotros, muchachos: no estén asustados. Estoy seguro de que nada malo les sucederá... ¿Les gustaría trabajar a mis órdenes? Voy a ocupar un importante cargo.

Explicó el contrato que tenía firmado. El sheriff miró alarmado a la que decía llamarse «Dot». Y encontró en la joven un gesto de demoníaca alegría.

—Tengo muchos testigos de que «Dot» ha dicho que sois buena gente. Eso lo haré valer, si en la compañía surgiera «alguien» con deseos de poner pegas —concluyó Arl.

En el momento de salir, se volvió para mirar a la muchacha. En sus ojos encontró lo que menos esperaba: un destello de admiración como si de momento no tuviera inconveniente en reconocer que él era mejor jugador.

Y así era. Hasta que «Dot» no supo que Arl había salido del pueblo, permaneció en actitud pasiva, reconociendo que él la había batido en todos los terrenos.

Pero aquella comarca no era su centro. «¡No es posible que supiera quién soy! ¡No es posible!»

Y pensando en lo que ocurriría cuando Arl la viera en su propio terreno, rompió a reír.

En ese momento entró el sheriff.

—Ya se ha ido. Es seguro que convencerá al juez para que deje todo y venga aquí. El juez Belken lo aprecia mucho...

—¡Nada de eso me importa! — lo interrumpió ella, pasando a la ofensiva—. ¡Mande aviso al señor Hillson de lo que aquí ocurre!

CAPÍTULO V

De noche entró Owans Wren en el pueblo, y de noche salió. Veinticuatro horas había permanecido encerrado en el hotel, temiendo que alguien de la «Gibney Brothers» lo reconociera.

Desde el hotel dio instrucciones para que dos pistoleros desarmaran a Arl y le revelaran lo que ocurría con la muchacha que iba con el viejo Mark.

Los dos pistoleros no regresaron y esto aumentó la inquietud de Owans. Ya tenía bastante con las amenazas que Bill Sargoy le había enviado por medio de un compinche dejándole entrever que estaba dispuesto a descubrir el juego que Owans se había llevado con los rancheros de la comarca.

Lo que más lo asustó fue ver desde una ventana del hotel a Arl y la muchacha, camino de la oficina. Un rato más tarde la sabía encerrada, junto con aquella escoria que eran el viejo Mark y los tres compinches.

Owans pensó al principio que todo era un truco. Pero sus enlaces iban y venían, trayendo cada vez noticias más convincentes.

—¡El ranchero Hillson ha bajado al pueblo, muy afectado! ¡Ha retirado la demanda y han puesto a todos en libertad!

—¿Qué cara presentaba ella cuando salió de la cárcel? —preguntó Owans.

No había podido verla desde la ventana del hotel porque la muchacha salió metida en un coche que Hillson alquiló en el pueblo.

—¡La rabia se la comía! —contestó el subordinado.

Owans sintió miedo. Si ella descubría que estaba en el pueblo, el odio que esperaba se encauzara contra Arl y lo que él representaba, se volvería contra el propio Owans y los que apoyaban sus métodos dentro de la compañía.

—Tened dispuesto el coche para apenas anochezca.

—¿Contrato una buena custodia? Lo digo por si aparece Bill en el camino.

—¡Ojalá! —exclamó Owans—. En seguida llegaremos a un acuerdo.

Con el dinero que había ganado en la apuesta, pensaba contentar a Bill Sargoy, pagar todos los gastos que había tenido en aquel viaje y todavía le quedaría para meter escollos al paso de Arl.

—¿Qué comentan en el pueblo? —preguntó más tarde.

—Ya se sabe que se trata de una señorita muy rica, que por distraerse se puso a jugar a los abigeos. Y todos apoyan a Arl.

Owans sonrió. Pensaba en el momento en que él se enfrentaría con la hermosa y altanera joven, ya en la sede de la compañía.

Anocheciendo, Owans Wren se metió en el coche que aguardaba en la puerta trasera del hotel y partió.

Para entonces la muchacha ya le llevaba varias horas de delantera, porque apenas salir de la cárcel, hasta los árboles de aquella comarca se le hicieron intolerables.

Dos días más tarde se detenía ante la oficina del sheriff el carruaje del juez Belken.

—Vamos a ver qué asunto es ése tan urgente.

El sheriff preguntó:

—¿Y Arl?

—Se ha ido a su rancho.

En el despacho, el sheriff explicó:

—Los «abigeos» salieron porque el señor Hillson retiró la denuncia.

—Ya —el juez se sentó y encendió un cigarrillo.

—Le telegrafíé al pueblo vecino.

—Sí. Pero Arl ya se había marchado y pensé que debía continuar el viaje.

—¿A qué se debió el retraso?

—Me entretuvieron por un engorroso pleito entre un representante de la «Gibney Brothers» y tres rancheros. No había manera de que llegaran a un acuerdo. Pero llegó Arl, mostró su contrato con la compañía y dijo: «En la comarca de Gebury hay un asunto que no puede esperar. Sigán discutiendo hasta que el juez regrese». Y nadie se atrevió a objetar nada. Cualquiera diría que aquel desacuerdo era una cosa convenida.

—Cualquiera lo diría... y yo también, juez Belken. Verá lo que aquí ha sucedido...

A esas horas Arl ya había recorrido la comarca en varios sentidos, y apareció en el rancho de Hillson. Habían sido días de duras cabalgadas y regresó muy fatigado.

Hillson ya tenía noticia de que Arl estaba recorriendo la comarca, como si aquella zona fuera nueva para él, y estaba intrigado, lo mismo que la plantilla, y dos personajes que se alojaban en la casa.

—¿Qué buscará con eso? —se preguntaba Hillson.

Por fin apareció Arl. Se lo anunciaron al ranchero y éste se metió en la casa.

—¿Qué hago? —preguntó, dirigiéndose a dos graves señores, de pelo canoso, que vestían levita negra.

El que parecía menos viejo contestó:

—Bailar al son que toquen.

—No le entiendo, señor Gibney.

Se dirigía al menor de los hermanos Gibney, al que se llamaba Rand. El otro, el mayor, era Oscar.

—Si ese hombre pregunta, conteste.

—Conforme —y el ranchero soltó un respiro—. ¡Me ahogaban las condiciones que me impuso su hija! ¡Y para lo que ha servido que yo jugara limpio! Su hija se ha ido deseándonos lo peor a todos los de este rancho...

—Mi hija nunca ha sabido perder — contestó Rand—. Ella, con tal de ganar, hubiera preferido que ese muchacho fuera fácil al soborno, aunque esto fuera en perjuicio de la compañía.

Oscar siempre encontraba una disculpa para su sobrina.

—Yurle tiene carácter, y eso es lo que cuenta. Tú y yo hemos sido demasiado blandos, y cuando hemos venido a darnos cuenta, la compañía estaba llena de gusanos.

Arl ya estaba cerca del porche. Allí le aguardaban sus compañeros, todos mirándole azorados, como queriendo hacerse disculpar su falta de vista en el asunto de tío Mark y la bella muchacha.

Saludó a todos con la cordialidad de siempre y pasó al interior de la casa.

—¡Arl! ¡Bien venido!... Te voy a presentar a estos | dos señores...

—¿Los hermanos Gibney? —preguntó Arl, con naturalidad.

Esa fue la primera sorpresa que se llevaron los tres.

—¿Sabías que estaban aquí?

—En el pueblo vecino telegrafíé a la compañía, reclamando su presencia aquí, y me contestaron que ya habían salido hacia este rancho. Bien. Antes que nada, quiero saber si piensan cumplir el contrato que tengo firmado con ustedes.

Rand y Oscar asintieron con la cabeza, sin dejar de mirarle, con algo de estupor. Parecía que el cansancio que revelaba el cuerpo de aquel hombre joven diera más realce a su fuerza física y moral.

—He hablado con algunos rancheros —dijo Arl, desplegando sobre la mesa un mapa—. Algunos se resistían a contestarme y me he visto obligado a mostrar mi contrato con la compañía. He visto los contratos de venta de los ranchos que interesan a la empresa minera...

—Es nuestra misma compañía —dijo Oscar.

—Esos contratos tienen fecha de hace dos meses. Los ranchos se valorizan según el terreno y el número de reses. El precio no estaba mal...

—Todavía el precio no es firme —señaló Rand.

—Sí, eso me han dicho los rancheros. Les he contestado que cuando la comisión técnica examine rancho por rancho, el número de reses, habrá conflicto. Al principio no parecían muy preocupados. Decían que los abigeos habían dado algunos pellizcos, pero que la compañía no repararía en esas pequeñeces. «Pero como responsable de todo lo que se refiere al ganado —les he contestado— yo sí voy a reparar. Y no pasaré por alto ni un solo ternero.» Entonces...

Arl hizo una pausa. Se sentó, agotado, y por unos momentos pareció que iba a quedar dormido.

Con una mejilla apoyada en una mano, el codo sobre el brazo del sillón, manteniendo los ojos entornados, murmuró:

—Señor Hillson...

Al ranchero se le cortó la respiración, temiendo que fuera a meterse con él por haber secundado a «Dot», o mejor aún: a Yurle Gibney.

—¿Qué, Arl?

—¿Se explica ahora lo de las plantillas podridas? ¿Comprende ahora que todavía no se haya preocupado nadie de ir a recoger las reses que hicimos que Bill Sargoy abandonara?

Hillson miró a los hermanos Gibney.

—¡Es cierto! ¡Esos rancheros confiaban en que la compañía pagaría lo que los representantes de ustedes fijaron hace tiempo, y no han prestado la vigilancia debida!...

Arl rió apagadamente.

—Peor aún: Algunos me han confesado que recibieron promesas de que de las reses «perdidas» tendrían alguna tajada.

Rand y Oscar, los dos al mismo tiempo, exclamaron:

—¡No!

Arl abrió los ojos, para mirarlos con ironía.

—¿Qué quieren decir con su negativa?

—¡Que nosotros no hemos autorizado esa maniobra! — contestó Rand.

—¡Ni pasaremos por esa vergüenza! — agregó Oscar.

—Ustedes tienen ya demasiado dinero para meterse en trabajos engorrosos. A la hora de aprobar los precios, ustedes se habrían limitado a firmar los papeles que los encargados de esto les presentaran. Pero todos no estamos en su situación — y Arl se levantó de un salto—. Aparte de que en el contrato figura que voy a obtener un tanto por ciento de los beneficios...

—¡Así es! —a firmó Oscar.

—...Aparte de ese tanto por ciento — continuó Arl, sin prestar atención a lo dicho por uno de los hermanos Gibney — existe una cuestión muy personal. Están mis principios. Si no he vacilado en mandar a la cárcel a unos pobres diablos, entre los que se encontraba un viejo...

Hizo una pausa. Los tres esperaban que Arl añadiera: «...y a una muchacha». Pero esto no salió a relucir.

—...Si hasta mis propios compañeros han llegado a mirarme de través, por defender mis principios, con los truhanes fuertes no voy a transigir.

—¡De acuerdo, Arl! — exclamó Hillson, entusiasmado —¡Duro con ellos! ¡Todos vamos a ayudarte! ¿Cuándo se empieza a recoger el ganado?

—Ah. De eso ya se preocuparán los propios interesados... Yo les he anunciado que dentro de tres días me presentaré en cada rancho, con personas competentes, para valorizar el ganado. El juez Belken me acompañará...

Siguió un silencio. Los dos hermanos Gibney miraban a Hillson como dándole las gracias por haber sido tan terco al poner como condición que aquel hombre fuera el capataz general en el negocio de ganado de la compañía.

—Si la plantilla quiere trabajar conmigo, quedará contratada. Y participarán en los beneficios que se saquen de aquí — dijo Arl—. Porque el número de reses que se descuenten en bien de la compañía, van a contar ya como ganancias. ¿De acuerdo?

Se quedó mirando a los hermanos. Los dos asintieron.

—Ahora, con el permiso de ustedes, voy a descansar. Posiblemente no despierte hasta mañana...

Al salir de la casa, vio que el equipo seguía agrupado. Desde fuera habían oído todo. Telsey y el otro herido estaban ya casi bien.

—¡Gracias por acordarte de nosotros, Arl! — dijo Eaker—. Nos portamos mal contigo... ¡Esa endemoniada muchacha!

Tan alto lo dijo, que desde dentro lo oyeron. Oscar miró a Hillson con gesto irritado.

—¿Cómo se permiten hablar así de mi sobrina?

—No lo tome en cuenta. Los muchachos todavía ignoran de quién se trata — contestó el ranchoero.

—¿Y él? — preguntó Rand, refiriéndose a Arl.

Hillson se encogió de hombros.

—Pues... no sé qué decirle. La verdad es que me da reparo hablar con Arl sobre esa cuestión. Ya han visto ustedes que para nada la ha aludido.

—Sí. Hay que reconocer que tiene tacto — opinó Rand.

Oscar se puso a pasear, renegando. De pronto se detuvo.

—¡Lo de meterla en la cárcel no me cabe en la cabeza!

—Todos se estaban poniendo en contra de Arl — empezó el ranchoero.

—¡Recontra! ¿Y lo iba a remediar encerrándola?

—Es que... como ella le dio palabra de matrimonio...

Rand y Oscar saltaron, mirando pasmados al ranchoero.

—¿Cóoomo? ¿Que mi hija...?

—¿Ha dicho que mi sobrina...?

Hillson se retorció las manos.

—Verá: La pobre muchacha es que, en vista de que iba a perder...

—¡Rayos! — gritó Oscar—. ¡No irá a decimos que se propasó con ella!...

Rand lo agarró de las solapas.

—¡Dígame la verdad! ¡Se trata de mi hija!...

—Pues... eso creo que debían preguntárselo a ella. A Arl se le puede aplicar lo que usted me ha aconsejado antes.

—¿Yo? ¿Qué le he aconsejado?

—Que bailara al son que tocan. Y Arl suele hacerlo así.

Aquella mañana, en la sede de la «Gibney Brothers» había Junta de altos directivos.

Antes de la reunión, en un gabinete contiguo a la sala donde se efectuaban las Juntas, Owans Wren se enfrentó con su contrincante en la apuesta.

* * *

Yurle («Dot»), vestía un traje que quizá pecaba de severo, pero no por ello atenuaba la arrolladora belleza de su cara, y de su cuerpo.

Esa severidad en la ropa solía emplearla siempre que entraba en las oficinas de la compañía. Allí tenía ella su despacho, contiguo al que ocupaban su padre y su tío.

La severidad que empleaba en la indumentaria era un símbolo. Con ello quería significar que su condición de mujer joven y hermosa, no contaba, a la hora de discutir cualquier asunto del negocio.

Y su intervención iba notándose, de día en día. En muchos departamentos la temían.

Owans Wren era uno de los accionistas que más participación tomaba en la dirección de la empresa. Tenía instinto para saber ante quién, y en qué momento, debía erguirse. Y cuándo, y ante qué individuo, debía recurrir a la lisonja y al soborno.

Hasta la directa intervención de Yurle, muchos lo habían señalado como el seguro sucesor de la vicepresidencia, que ocupaba Rand, el menos enérgico de los dos hermanos. Para más tarde le auguraban el puesto más alto, el que ocupaba Oscar.

Oswan se presentó en las oficinas con la ostentación de siempre. Era un tipo de mediana talla, rostro moreno, de unos treinta y cinco años.

Llegó a la ciudad de Paddey, donde estaban los principales departamentos de la compañía, aquella misma madrugada. Llevaba varios días sin contacto con ninguna población de importancia. Se había dedicado a reajustar los grupos de gente del hampa, con la que pensaba hacer jugadas decisivas.

Al llegar a su casa en Paddey, le sorprendió la convocatoria para la Junta de directivos.

Un botones le anunció en las oficinas que la señorita Gibney le estaba aguardando en el gabinete contiguo a la sala de las reuniones.

Owans adoptó un aire de inocencia cuando entró en el gabinete. Encontró a Yurle sentada, en actitud pensativa. Sus cabellos rubios los llevaba trenzados formando un casco de oro. Así su óvalo, de piel bronceada, quedaba desnudo, pudiendo apreciar mejor la perfección de sus facciones.

No se movió al verle. Se limitó a levantar la mirada.

—Celebro que haya llegado a tiempo, Owans...

No se advertía rencor en su voz.

—¿A tiempo? ¿Es que hay algo urgente?

—Sí. Entregarle este talón.

Lo sacó de una cartera donde había muchos papeles. Diez mil dólares figuraban en el cheque.

—¡Ah, vamos! ¡Ni me acordaba de la apuesta!...

—No finja conmigo. Los dos nos acordamos. Y tal vez los dos jugamos sucio — se quedó mirándolo, fijamente.

—No comprendo...

—¿No? En Gebury se encontraron dos pistoleros muertos. Antes de su muerte frecuentaron un hotel del pueblo... donde había un «caballero» que se parece mucho a usted.

Owans enrojeció. Iba a replicar, pero ella lo atajó, cada vez más firme:

—Sin reproches... ¿De acuerdo? Yo perdí. Tome su dinero.

Owans se lo guardó. Sacó una cajetilla y ofreció a Yurle. Ella cogió un cigarrillo.

Cuando los dos hubieron encendido, Owans preguntó, en tono conciliador:

—¿Puedo preguntarle qué la hizo arriesgar diez mil dólares por un individuo que no conocía?

—Ya lo ha preguntado. Y le contestaré con toda claridad. El hecho de que usted apoyara su nombramiento como capataz general, me impulsó a ponerme en guardia.

Owans rompió a reír.

—Quizá yo buscaba eso, que usted se pusiera en contra.

—Sí. De eso me he dado cuenta un poco tarde. Pero quizá yo también necesitaba un pretexto para salir de Paddey sin inspirar sospechas. No sólo salir de aquí, sino establecer contacto con abigeos... Usted lo tomó como cosa del juego. ¿Verdad, Owans? No se preocupó mucho... Ni tampoco Bill Sargoy.

Ahora fue Yurle quien se echó a reír, mientras Owans apretaba las mandíbulas. Pero al advertir que ella lo espiaba, adoptó una actitud de indiferencia.

—No sé qué quiere usted decir nombrando a ese Bill Sargoy... Creo que es un individuo fuera de la Ley, pero no sé más.

—En ese caso, mejor para usted. Ha obtenido diez mil dólares limpios.

El padre y el tío de Yurle, además de otros personajes, entraron en el gabinete. En seguida pasaron todos a la sala de sesiones.

La presidencia la ocupó Oscar. Muy cerca de él se situó Yurle, dejando sobre la mesa la cartera que contenía muchos papeles.

—Esta sesión va a estar dedicada a la nueva explotación minera en la comarca de Gebury — empezó Oscar—. Para lo sucesivo, habrá que tener más cuidado en la elección de delegados que hayan de operar en nombre de la compañía. Verán ustedes por qué. Mi sobrina va a leer algunos documentos que acreditan que estábamos a punto de ser víctimas de una burda estafa.

Yurle se puso a nombrar ranchos de la comarca de Gebury. Y a dar cifras de reses y dólares.

Owans cambió de color varias veces. En vano buscaba saliva en su boca.

Una hora más tarde, Oscar cerraba la sesión diciendo:

—Hombres honrados están haciéndose cargo de los puestos clave del negocio de ganado. Un día de estos tendrán ustedes ocasión de conocer al nuevo capataz general, Arl Cansón. A él debemos que los estafadores hayan quedado burlados.

Los últimos en salir del local fueron Yurle y Owans. En los ojos de la joven había un brillo de burla.

—¿Qué, Owans? ¿Empieza a respirar?...

Owans puso un rostro congestionado.

—¡Nada va conmigo!...

—¿Quién designó los delegados que intervinieron en la compra de ranchos de Gebury?

—¡Nada hay que pruebe que lo hiciera yo!

—Ya lo sé, Owans. No iba a ser usted tan incauto que designara por escrito a ninguno de esos truhanes. Los designó el señor Mulligan, días antes de sentirse «enfermo» y pedir la baja en la compañía. Tal vez se retiró con una buena recompensa. Yo no me tomaré la molestia en averiguarlo. El hombre era viejo y merecía un descanso. Si ahora hablo de esto es para prevenirle que en lo sucesivo, por lo menos en lo que se refiere al ganado, lleve más cautela. El nuevo capataz no es fácil de manejar...

Ya en la puerta, a punto de salir, se volvió, en los ojos un brillo agresivo:

—¡Nada fácil de manejar! — su voz se veló por un hondo rencor—. Se lo digo yo... que he sido derrotada por él.

Owans quedó impresionado por la fiereza, el rencor, con que Yurle se acababa de expresar, al referirse a Arl. Y en seguida pensó que lo oportuno era permanecer a la expectativa, para ver qué se podía sacar de esa hostilidad entre la joven que fue a la cárcel y el hombre que la encerró.

CAPÍTULO VI

Se equivocó Oscar, el presidente de la compañía, cuando dijo que pronto tendrían ocasión de conocer a Arl.

Transcurrieron las semanas y siempre había alguna ocupación urgente que mantenía

lejos de la sede de la compañía al que regía el negocio de ganado.

En Paddey estaban los grandes corrales, cerca del ferrocarril. Pero allí había poco que hacer por entonces, porque estaban casi vacíos.

Sin embargo, había grandes manadas comprometidas, adquiridas por la compañía, que aguardaban en los ranchos de origen.

Arl y sus antiguos compañeros de plantilla se dedicaron a recorrer ranchos. Responsabilizaban a los propietarios de la seguridad de las reses y donde veían que no había garantías, dejaban hombres de confianza.

En Paddey, mientras tanto, había dos seres que estaban perdiendo la paciencia. Uno era Owans Wren.

Sus enlaces le anunciaban lo que Arl hacía.

—Está reclutando a los mejores conductores. Va a ser muy difícil sorprenderlos en la ruta — le dijo uno de los secuaces de Bill Sargoy.

Owans, encolerizado, se desfogó burlándose de Bill.

—Tu jefe me da la impresión de que le tiene miedo a ese individuo. Tendré que pensar en otro de más temple. Por ejemplo, en Ken Rowe.

Había elegido el nombre del cabecilla con toda intención. Ken Rowe y Bill Sargoy eran enemigos a muerte.

—Dile a Bill que se esté quieto hasta que Ken Rowe le «limpie» el camino. ¡Díselo! — concluyó Owans.

Sin darse cuenta, dejándose llevar de la ira, estaba favoreciendo a Arl. Porque cualquier cosa haría Bill antes que dejar que su rival Ken Rowe se pintara un tanto.

Envió espías. Y cuando supo que Ken movilizaba su gente para apostarse en la ruta que tenían que seguir las manadas, hizo que llegara a oídos de uno de los hombres de Arl.

—Puede que no sea cierto — dijo el vaquero Eaker—. Pero por una copa y diez dólares me han dado una grave información.

—Veamos — pidió Arl.

Se encontraban entonces en un rancho muy apartado de la comarca de Unston. Allí

habían reunido todo el ganado adquirido en la comarca. Para el día siguiente que era la salida.

Les esperaban muchas jomadas para llegar a los encerraderos de Paddey.

—Lo que me han dicho es... que nos esperan por el camino. Por diez dólares me lo han dicho... Puede que no sea cierto.

—Has pagado a un soplón inútil.

—¿No vale la información?

—¿Por qué no? Lo extraño sería que no nos esperaran en la ruta.

Pero Arl ya hacía tiempo que lo tenía todo previsto. La mejor gente, sus antiguos compañeros de equipo, se dedicarían a seguir las manadas, yendo muy separados de ellas. Tan pronto advirtieran al enemigo...

Esto ocurrió a los cinco días de conducción. La noticia la trajo Telsey.

—¡Son muchos! ¡Están acampados cerca de los cañones!

—Es el sitio adecuado. Todavía tenemos una jornada por delante — contestó Arl.

Marcharon como si nada hubieran advertido. Cuando el camino empezó a presentar ingentes barreras de roca, amainaron el paso.

La noche les sorprendió a unas dos millas del primer barranco. Nada tenía de extraño que acamparan allí.

Pero apenas oscureció, el ganado quedó sin un solo hombre que cuidara de él. Ni tampoco de los caballos.

A pie empezaron a alejarse, abandonándolo todo, menos las armas. Rompió el día.

La pandilla de Ken Rowe se encontraba situada en las alturas del primer cañón, esperando que las manadas se pusieran en marcha.

Pero ni una res se movía. Ni se veía a ningún hombre.

Transcurrió el tiempo y el desconcierto empezó a dominar a los abigeos. Fueron saliendo de los escondites.

Aquello parecía un campamento fantasma. Millares de reses, multitud de caballos, tres

carros... Todo como dejado por un equipo de hombres que habían muerto durante la noche.

Los abigeos iban agrupándose alrededor del jefe.

—¿Qué hacemos? ¡Puede ser una trampa, para que nos acerquemos!

—Pienso lo mismo — contestó Ken—. Pero no nos moveremos de aquí.

Allí era el peor sitio donde podían situarse, porque tenían a la muerte encima, sin ningún caballo cerca para escapar con vida.

Todos los hombres de Arl permanecían tras las rocas, esperando a que los abigeos se descubrieran.

Once individuos se habían situado ya alrededor del jefe, cuando Arl apareció por detrás de una roca. Llevaba los revólveres en las fundas y parecía dispuesto a parlamentar.

—Llevo hombres que te conocen, Ken Rowe... ¿Prefieres lucha o sentarte en el banquillo?

Todos fueron volviendo la cabeza, mirando en dirección a Arl. Cuando lo reconocieron, comprendieron que nada tenían que hacer ante aquel hombre, sino luchar.

Tenían ante sí al terror de los abigeos.

—¡A él! — gritó Ken.

Disparando, se echaron a tierra. Pero en seguida tuvieron que volverse para disparar en todas direcciones. De cualquier lado les llegaba una lluvia de plomo.

La refriega duró apenas unos cinco minutos. Cuando los estampidos cesaron, Arl dijo:

—Buscad los caballos de estos individuos.

—Nos llevaremos también las armas — dijo Telsey.

Como Arl nada objetó, los despojaron también de los cintos. Registraron a todos, por si encontraban algún documento comprometedor. No lo hallaron. Pero sí mucho dinero, que metieron en una bolsa, para entregarlo en el primer puesto de sheriff que hallaran de paso.

Lo demás, la carroña, quedaba para los buitres...

* * *

Otra persona estaba perdiendo la paciencia por la tardanza de Arl. Al principio se había alegrado de que el momento del encuentro se retrasase.

Yurle no se sentía del todo segura de mantener la actitud que tanto había estudiado; tratarlo de dueña a subordinado...

Pero existían muchos detalles que la hacían recelar de todos, incluso de los suyos.

—Tío Oscar: Cuando os encontré en el rancho de Hillson, ¿cómo se justificó?

—¿De qué?

—Del trato que me dio.

—Él no te mencionó... Y nosotros no consideramos oportuno sacarte a relucir. ¡La verdad es que tu idea de ponerte a la cabeza de unos abigeos!...

Su padre todavía fue más escueto.

—Nada. No te nombró para nada.

Yurle estaba al tanto de todos los pasos de Arl. El telégrafo se encargaba de informarla.

Y un día supo que las manadas se encontraban a pocas millas de los encerraderos. Pero esas pocas millas representaban un par de jomadas, al paso del ganado.

—Tío Oscar: Ordénale que se presente mañana en las oficinas.

Oscar Gibney envió un mensajero. Pero Arl no obedeció. Siguió al frente del ganado.

—¿Cómo vamos a consentirlo? — gritó Yurle, dirigiéndose a su padre y a su tío.

—No hay que precipitarse — replicó su tío—. Me doy cuenta de que tienes motivos para desear vértelo delante y que se abochorne. Pero él no es tonto.

—¿Qué quieres decir?

—Que escudándose en su trabajo retrasa ese mal rato... Esperemos.

Tuvieron que esperar otros dos días. El ganado entró en los encerraderos.

Oscar y dos accionistas acudieron a ver las reses y no tuvieron reparo en reconocer que el ganado ofrecía un buen aspecto.

Arl, empapado de sudor y cubierto de polvo, atendió a los hombres de negocios. Era media tarde.

—Ahora voy a darme una ducha y cambiar de ropa... Y a descansar.

—La otra vez que nos vimos también se fue usted a dormir — comentó Oscar.

—Es que las dos veces que nos hemos visto, el cansado he sido yo. Mañana les llevaré toda la documentación sobre el ganado... ¿Qué hora considera usted la más oportuna?

—Las once.

—De acuerdo.

Oscar y los dos accionistas subieron al coche y emprendieron el regreso a la ciudad, haciendo comentarios sobre el viraje que estaba dando el negocio de ganado.

Ya en casa, Oscar anunció a Yurle:

—Mañana, a las once, lo tendrás en tu despacho.

La muchacha acusó un estremecimiento. Su padre se encontraba presente. Temiendo que los dos se hubieran dado cuenta, se irguió.

—¡Conque mañana!...

Los dos hermanos vieron en los ojos de Yurle una luz que les produjo escalofríos.

—¿Qué ocurre? — preguntó el padre—. ¿Por qué ese odio contra un muchacho que al fin y al cabo ignoraba quién eras?...

Yurle lo miró, con feroz burla.

—¿Estás seguro de que no sabía que era tu hija?

—¿Lo sabía? — prorrumpió Oscar—. ¿Y te llevó a la cárcel?

Yurle se sentía contenta de que existiera ese incidente, que Arl la hubiese encerrado. Así podría justificar sus represalias. El otro motivo, el que verdaderamente la impulsaba a imaginar las más feroces venganzas, no podía revelarlo.

—No estoy segura todavía de que supiera que yo era una Gibney... Pero lo averiguaré. Mañana lo recibiré en mi despacho — concluyó Yurle, mientras pensaba si por una sola vez, debía cambiar su severo atuendo por otro de fiesta.

Había cosas más graves en que pensar. No obstante, Yurle se desveló pensando en qué vestido se pondría, y qué peinado llevaría.

Y despertó ante el mismo problema. «¿Cómo lo achicaré más?», se preguntaba.

Ante el espejo ensayó distintas actitudes, cambiando de vestido. Varias veces quedó solamente con las delicadas prendas interiores, que transparentaban su cuerpo de purísimas líneas. Llevaba entonces el cabello suelto, sobre los hombros desnudos.

Hubo un momento en que Yurle quedó contemplándose, mientras a sus labios llenos de sensualidad acudía una sonrisa maligna. Imaginaba a Arl, mirándola absorto, sobre un pedestal de oro...

De pronto se horrorizó, no por lo que veía en el espejo sino en su alma. Había como un demonio burlón que la parodiaba en todas sus actitudes de mujer ofendida.

Y se puso a maldecir, como un verdadero vaquero. Procedió a vestirse.

Cuando descendió al comedor donde la aguardaban su padre y su tío para desayunar, Yurle vestía con la severidad de siempre.

* * *

Se presentó vestido de vaquero, con los revólveres al cinto. La ropa estaba limpia, Arl se había afeitado y recortado el pelo. Un sueño profundo lo había remozado.

Oscar Gibney comentó:

—No parece el mismo que vi en los corrales ayer.

—Pues soy el mismo. Aquí tienen la documentación sobre el ganado. Hay algunas cosas que explicar. ¿Con quién tengo que entenderme?

—Con mi sobrina. Ella decidirá quién deberá revisar los documentos. Pero antes de que pasemos a su despacho le presentaré a algunos jefes de sección. Quiero que vaya teniendo una aproximada idea de la multitud de asuntos que aquí se manejan. Va a ver manadas de papeles que a veces resultan tan agobiantes como las reses en estampida.

Un rato más tarde Arl confesó:

—Para mí esto resulta peor que cuidar de una manada bajo una tempestad — y se puso una mano en el cuello.

—¿Se ahoga?

Arl se echó a reír.

—Algo de eso... Encerrado aquí creo que me asfixiaría.

Este diálogo se producía en el despacho contiguo al que ocupaba Yurle. La muchacha lo oyó. Y la idea saltó en seguida: «¡Pues vas a ahogarte amarrado a una mesa!»

Ya estaba convenida la manera con que tenían que presentarse. Rand y tío Oscar abrieron la puerta que comunicaba los dos despachos y con el gesto invitaron a Arl a que pasara.

Yurle permanecía sentada a la mesa escritorio, llena de papeles. El vestido, oscuro, lo llevaba cerrado hasta el cuello. El cabello, en trenzas, formaba un casco sobre la nuca.

—Mi hija.

—Mi sobrina.

—Yurle: Este es el nuevo capataz.

La joven volvió la cabeza. El atezado óvalo permanecía inexpresivo, y los ojos, ahora de un limpio color verde, no denotaban sorpresa, ni agresividad. Pero tampoco cordialidad.

—Pase, señor... Carison. ¿No es ése su nombre?

—Ese mismo... señorita Gibney —contestó Arl.

—Entregue a ella los documentos. Nosotros tenemos que hacer —dijo Oscar.

Iban a marcharse los dos hermanos, cuando Yurle dijo:

—Dejad la puerta de paso abierta.

Era una manera de indicarles que no consentiría que se quedaran en el otro despacho, para escuchar.

Obedecieron, saliendo por la otra puerta al corredor que llevaba a los demás

departamentos.

Al quedar solos, Yurle, mirando los papeles que tenía delante, dijo:

—Puede sentarse... Ahí.

Con la mano señaló un sillón que quedaba frente a la mesa. Arl obedeció. Sobre las rodillas apoyó la cartera llena de papeles.

Durante unos momentos Yurle pareció absorbida por lo que tenía delante. De vez en cuando cogía la pluma y escribía.

De pronto soltó la pluma y levantó la cara, clavando la mirada en el rostro de Arl. El verde iba desapareciendo. Ahora los ojos iban volviéndose amarillentos, como signo de ira.

—¿Qué? —preguntó sordamente.

Arl no podía expresar mayor naturalidad con el rostro.

—Traigo aquí la documentación del ganado. Me han dicho que debía entregársela a usted.

Durante unos momentos Yurle acusó profundas respiraciones. Su pujante busto se revelaba bajo el vestido oscuro.

—¡He esperado mucho este momento!... ¡Quería ver de nuevo su cara de miserable!...

Arl no se movió. Ni alteró el gesto.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó.

—¿Cómo con quién está hablando?

—Sí. Quiero saber si me dirijo a la señorita Gibney... o a «Dot».

Yurle dio con los puños sobre la mesa.

—¡No le valdrá ese juego!

—No es ningún juego. Si la que está sentada a esa mesa no es la señorita Gibney, nada tengo que hacer aquí con estos papeles —y empezó a levantarse.

—¡Quieto! ¡Está a mis órdenes!

—De acuerdo. Entonces, «señorita Gibney», tenga la bondad de hacerse cargo de estos documentos.

Abrió la cartera, extrajo un puñado de papeles y los puso sobre la mesa. La muchacha, temblando de ira, estuvo unos momentos manejándolos, sin ver nada.

—Por una sola vez... va usted a dirigirse a «Dot».

La respuesta de Arl fue inclinarse sobre la mesa, cogerla de los hombros y mirarla al rostro, muy cerca.

—¿Por qué te fuiste, «Dot»? Traje al juez para que os juzgara... y luego nos casara.

Se lo decía casi rozándole los labios. Y Yurle no podía moverse, ni sentía deseos de hacerlo.

—Todo se fue al traste... menos el recuerdo de tus besos —dijo Arl.

Ahora sí pudo moverse Yurle. Fue porque dentro de ella vio al diablo burlón, parodiándola.

—¡Suéltame! —dijo, al tiempo que movía los hombros.

—Iba a hacerlo, «Dot»... Sé que esta farsa ya no puede sostenerse.

—¡Estoy de acuerdo con usted!

—¿Ya de «usted»? Bien, señorita Gibney... Esos papeles...

—¡Soy «Dot» aún! ¡Tenemos que aclarar algunas cosas! ¿Tú no eres un hipócrita?

—No sé... Procuro no serlo... Pero uno mismo no es el que mejor se conoce.

—¡Yo sí te conozco! ¡Eres un miserable rufián, con máscara de hombre íntegro!... ¿Tú sabías que «Dot» no era lo que decía ser?...

—Desde el primer momento lo sospeché. ¡Esas manos! —y se quedó mirándolas—. Las más finas y bellas que he visto...

Yurle quedó unos momentos como abrumada.

—¡Luego confieras... que desde el primer momento...!

—Me has pedido sinceridad.

—¡Y llegaste... al mayor ultraje!...

Ahora el rostro de Yurle estaba encendido. El pecho y los labios palpitaban aceleradamente.

—«Dot» es demasiado hermosa. Y no me daba facilidades para una retirada digna de un hombre...

Yurle cerró los ojos.

—¡Canalla!... ¡Te valiste del juego!...

—No tengo inconveniente en admitirlo. Mi única disculpa es que «Dot» llegó a interesarme más de lo que ella podía imaginar...

—¿De veras? ¿Tan estúpida haces a «Dot» para que no pueda pensar que ultrajándola buscabas labrar tu porvenir?

Arl sonrió, irónico.

—Vuelvo a oír las palabras fuera de uso entre los vaqueros. Repites mucho lo de «ultraje». ¿Por qué? Yo tenía en mis brazos a una muchacha que decía tener un pasado tormentoso. Que pedía mi ayuda...

—...¡Y te dirigías a la que en la «Gibney Brothers» ocupa el puesto clave!...

—Me dirigía a la muchacha más maravillosa que nunca había tenido en mis brazos. ¿Qué ocurre? Aunque hubiera sido una verdadera muchacha de saloon, o la mascota de unos abigeos... nada hubiera cambiado. Estaba dispuesto a correr su suerte.

—¡Farsante! ¡Sabías quién era yo! ¡Dos pistoleros te salieron al paso el día antes!

Esperaba que Arl lo negara.

—¿Les pagaste tú? —preguntó, sorprendido.

—¿Yo, por qué?

—Si no tú misma, alguien de los tuyos... No llegaron a decirme quién eras. Pero sí que no te tomara por lo que aparentabas.

Refirió rápidamente lo sucedido en el choque con los pistoleros. Yurle escuchaba con

gran interés.

—¿Nombraron al que les pagaba?

—No. Solamente dijeron que estaba en un hotel del pueblo. Y que eran amigos de Bill Sargoy.

La joven hizo una mueca sardónica.

—¡Claro que lo eran! —hizo una rápida transición. Abandonando el interés con que había estado escuchando a Arl, dijo, procurando un tono hiriente: — Has empleado a tus compañeros de equipo...

—Es muy buena gente.

—...Ante la que podrías vanagloriarte...

No se atrevió a seguir, enrojeciendo. Arl se quedó mirándola fijamente.

—¿Vanagloriarme de qué? Solamente «Dot» y yo sabemos... todo lo que pudo haber, de farsa o de verdad, cuando a solas hablamos de casarnos. Solamente ella y yo...

Yurle le escrutaba con los ojos. Le pareció que Arl hacía esfuerzos por dominar su emoción.

—«Dot» está aprendiendo a saber perder —dijo Yurle—. Confío en que nunca te vanagloriarás de que «Dot» cayera en su propia trampa.

—Nunca. Pero yo pienso que ella no perdió. En todo caso perdimos los dos... Un día tendré mi propio rancho y ella estará allí.

—¿Lo crees? —Yurle esbozó una sonrisa.

—Nadie podrá impedir que yo la imagine en mi rancho, conmigo, oyéndola pronunciar palabras que un vaquero no acostumbra; cogiendo cosas de poco valor, que de pronto parecerán distintas por el hecho de haberlas tocado sus manos finas...

—¡También has empleado al viejo Mark y los tres secuaces! —lo interrumpió, aparentando irritación, para disimular el interés con que había estado escuchándole cuando la imaginaba en su rancho.

—¿Por qué no tenía que emplearlos? Son buena gente...

—¡Les di medios para que pudieran defenderse!

—Los robaron y luego los apalearon.

—¿Quién? — preguntó, afectada.

—Compinches de Bill. Los culpan del choque que tuvieron con nosotros.

—¡Ellos nada tienen que ver en eso! ¡Me informaron otros de la ruta que tenía que seguir Bill! Fue uno de sus propios compinches... ¿Ha venido contigo el viejo Mark?

—Ninguno de los cuatro. Los he dejado en un rancho de Unston, donde aún queda ganado de la compañía.

Siguió un silencio. Yurle se puso a mirar los papeles que Arl había dejado sobre la mesa.

—¿Ha habido dificultades en la ruta?

—No muchas.

—Tu misión no era ir con las manadas.

—Mi misión es procurar toda clase de seguridades al ganado. Y no será la última vez que me desplace a Unston. Es la comarca ideal para adquirir ganado en buenas condiciones. Muchas rutas confluyen allí. Ya he dejado apalabrados otros pedidos.

Ella levantó la mirada, fijándola en el rostro de Arl.

—¿Tienes prisa por prosperar?

—Por tener mi rancho.

—El contrato te ata un año a la compañía.

—Sí. Pero confío en que por ambas partes lleguemos a un acuerdo para acortar ese plazo. Presiento que aquí voy a tener a muchos en contra.

—¡Si lo dices por mí, te equivocas! ¡Por una sola vez hemos hablado de «Dot»! Eso ya se ha terminado... Las cuestiones personales no irán mezcladas con el negocio. Revisaré estos papeles, «señor Carison», y los pasaré al departamento correspondiente.

—Muy bien, «señorita Gibney» — contestó Arl, con igual seriedad.

—Puede retirarse... Ah. Vea de procurarse ropa de ciudad, porque tendrá que pasar muchas horas en estas oficinas.

—No veo el motivo. Aquí no hay ganado.

—Pero hay un negocio que dirigir. ¡Y no discuta!

Arl la miró fríamente y dijo:

—Ninguna cláusula del contrato me obliga a entenderme con usted, señorita Gibney. Evite ponerme en la necesidad de tener que reclamar ante su señor padre y su tío.

Salió del despacho. En uno de los departamentos se encontró a los hermanos Gibney y un hombre que Arl todavía no conocía personalmente.

Oscar los presentó. Owans Wren no hizo el ademán de tenderle la mano. Arl se dio cuenta de que el brillo burlón que había en los ojos de Owans contenía mucho odio.

—Desempeña usted un cargo que tiene sus riesgos, pero también sus ventajas —dijo Owans—. El ganado suele levantar mucho polvo, y oculta pasos torcidos.

—No para quien sabe seguir huellas —replicó Arl, mirándolo de hito en hito, intuyendo que aquél era con quien tendría que enfrentarse dentro de la compañía.

—Es verdad. Ahora que recuerdo, usted es un experto en seguir huellas. He oído decir que dio con las huellas de Bill Sargoy.

—No fue difícil. Tuve la ventaja de que Bill todavía confiaba en las promesas de «alguien» de la compañía, y no tomó demasiadas precauciones.

Owans Wren reaccionó como Arl quería. Contrajo el rostro y se irguió.

—¿Insinúa que desde la compañía se hacen pactos con abigeos?

—Lo afirmo.

—¡Eso es muy grave!

—Sí, lo es —y mirando a los hermanos Gibney—. He entregado a la señorita los documentos sobre las compras de ganado. Regreso a los corrales. Si me necesitan ya saben dónde podrán encontrarme...

—¿Por qué no se queda hoy en la ciudad? — preguntó Oscar.

—Hay mucho que hacer fuera de aquí.

Tres días más tarde Arl recibió aviso de que se presentara en las oficinas. La llamada era urgente y no se entretuvo en cambiar la ropa de trabajo. Montó a caballo y partió.

En las oficinas en seguida lo hicieron pasar a la sala de sesiones. Allí estaban los principales accionistas.

La mayoría lo miraron con frialdad. Los hermanos Gibney, con decepción.

En los ojos de Owans Wren había un brillo de triunfo. Tal vez la única mirada amistosa era la de Yurle. Por lo menos, nada de lo que estaba ocupando la mente de los presentes parecía importarle.

—Bien, señor Carison —dijo Oscar—. Le estábamos esperando. Hemos revisado sus documentos... y hemos advertido algunas diferencias en los precios que desearíamos nos aclarara. Algunas partidas, cuando usted se hizo cargo de ellas, estaban concertadas a un precio mucho más bajo del que usted ofreció. ¿Por qué?

—Por eso. Porque el precio era «demasiado bajo» —contestó Arl.

Todos se miraron, confusos, a excepción de Owans y Yurle.

—¿Qué modo de negociar es el suyo? —preguntó Oscar—. ¿El precio que le parece bajo lo sube?

—En determinados casos, sí. Pago lo justo... El contrato me autoriza...

—¡El contrato no lo autoriza a ir en contra de la compañía! —prorrumpió un accionista, afecto a Owans.

—Yo no creo que el ser justos sea ir en contra de la compañía.

Entonces Owans rompió a reír.

—Hay una diferencia de cinco mil dólares —dijo Owans, mirando con ironía a Arl—. ¿Quiere decirnos cuánto ha embolsado por ser «justo»?

Un puño de Arl subió, buscando las mandíbulas de Owans. Este recorrió parte de la sala yendo de espaldas, con los brazos desplegados.

Cayó sentado y su mano derecha buscó rápida la sobaquera. Pero no se decidió a desenfundar, al encontrarse con la burlona mirada de Arl.

—¿Quiere más explicaciones? —preguntó el capataz.

Yurle permanecía sentada al lado de su tío Oscar. Este no había podido contener una exclamación de entusiasmo.

—¡Esa es una buena respuesta a una sucia pregunta!...

Owans Wren se levantó, con una mano en la boca, mirando ominosamente a Arl. La mayoría de los accionistas parecían consternados.

—Señores —dijo Arl—: Si para cada operación que realice tienen que convocar una asamblea, les notifico que ese sistema no va con mi forma de ser. En los documentos que les entregué van los datos precisos para que investiguen los cambios de precios... En los corrales hay mucho trabajo. De un momento a otro ustedes pueden decidir un importante embarque en el ferrocarril y yo debo tenerlo todo dispuesto. Si no les gusta mi forma de trabajar, comuníquemelo y veremos de llegar a un acuerdo.

Sin esperar respuesta salió. El padre de Yurle miró a Owans y dijo:

—No se queje. A un muchacho como Arl no se le puede hablar de la forma que usted lo ha hecho...

Owans, enloquecido por la ira, prorrumpió:

—¡Ni se le pueden pedir cuentas porque encierre a su hija!...

Yurle, sin perder la serenidad, se levantó y fue hacia él.

—Ni se le pueden pedir cuentas por eso, Owans —repitió ella, son ironía—. Ni usted debía sacarlo a relucir, porque fue lo decisivo para que usted ganara una apuesta. En cuanto a las diferencias de precios, al hombre que acaba de marcharse le sobra orgullo para descender a dar explicaciones sobre ciertas «irregularidades» que han estado cometiéndose al amparo de la compañía. Tengo los datos precisos, conseguidos por mis propios medios, sobre lo que ha motivado que nuestro capataz reformara los precios. Escuchen esto.

De una carpeta sacó algunos papeles y se puso a leer. Nombraba ranchos de la comarca de Unston. Daba fechas de las «visitas» que hacían sujetos que se hacían pasar como delegados de la compañía.

—...A todos estos rancheros se les tenía atemorizados con lo que ocurría en la comarca de Gebury. De no acceder a ese precio tan bajo, se corría el riesgo de que pandillas como la de Bill Sargoy apareciesen por Unston.

La información que Yurle iba dando, con nombres de testigos, fechas, lugares de las entrevistas iba surtiendo efecto en los accionistas.

Oscar y Rand eran los más sorprendidos.

—¿Te dio esa información el capataz? —preguntó Oscar.

—¿Arl? —no reparó en que lo nombraba con demasiada familiaridad. Yurle se echó a reír—: Tú y papá tenéis motivos para conocerlo... Él sabe dejar aparte las cosas escabrosas. Para bochorno de la compañía, todas estas vilezas, amenazas a indefensos rancheros, robos, muertes, se han estado cometiendo llevando nuestro nombre...

—¿Qué pruebas hay para lanzar acusaciones tan graves? —gritó Owans.

—Concretas, todavía no hay ninguna, Owans — contestó Yurle, mirándolo fijamente—. Pero no le quepa duda de que las conseguiré. ¿Está dispuesto a entrar en otra apuesta?

Todos se volvieron a mirar a Owans.

—¡Su pregunta parece una acusación, Yurle!

—Todavía no lo es. Y en eso consiste mi apuesta: ¿Cuánto arriesgamos a que demuestro que usted no es ajeno a estas sucias maniobras?

—¡Yurle! —gritó Owans, con sangre en las comisuras de la boca por el golpe recibido, el rostro, lívido.

La muchacha fue acercándose, el cuerpo ondulante, sonriendo.

—¿Cuánto dinero arriesga, Owans? ¿Veinte mil? ¿Treinta?...

Se dio cuenta de que su alteración lo acusaba, y trató de adoptar una actitud burlona.

—Lo que usted busca es resarcirse de su anterior derrota, Yurle. Pero a mí usted no podrá manejarme.

—Veremos —contestó ella, sin dejar de sonreír, volviéndole la espalda.

Antes de que la muchacha hubiese llegado a su puesto en la mesa, se oyó un portazo. Lo dio Owans Wren, al salir.

CAPÍTULO VII

Owans se precipitó a remediar el error que había cometido ante los accionistas, mostrándose hostil contra Arl. Quería que cuando el capataz fuese exterminado, culpasen a los Gibney.

Y procuró que todo el personal de las oficinas conociese lo ocurrido en Gebury: cómo la mujer que con tanta severidad se comportaba con sus empleados, era tolerante con un vaquero que se atrevió a llevarla a la cárcel.

La noticia se esparció por la ciudad. Amigos de los hermanos Gibney no se decidían a creerlo.

—Pues es verdad —contestaban invariablemente, Oscar o Rand—. Yurle tuvo la ocurrencia de probar si ese muchacho se atrevería con ella, si se hacía pasar por ladrona de ganado. Y a la cárcel fue.

Mientras tanto, en los corrales reinaba la mayor actividad. Los envíos de ganado por ferrocarril se producían en cadena.

Todos los días Arl enviaba un informe de lo realizado. Una mañana, cuando los corrales estaban ya casi vacíos, se presentó en las oficinas.

Fue directo al despacho de Yurle.

—Vengo a anunciarle que pasado mañana saldremos por más ganado.

—Siéntese. Pero antes deje la puerta abierta —dijo la muchacha, en tono divertido.

Arl la miró extrañado^

—¿Qué ocurre?

—¿Ignora que todo el personal de las oficinas, y toda la ciudad habla de nosotros?

—No he tenido tiempo de ocuparme de chismes.

La muchacha lo miró seriamente.

—Sé que ha trabajado de firme... Tiene usted prisa.

—Mucha.

—Yo también... Quiero que tenga suerte, como la estamos teniendo nosotros. La compañía está recobrando su antiguo prestigio, y usted ha contribuido en eso. Lo que hizo en Unston, pagando un precio justo, es ahora del dominio público. Tengo el

encargo de los directivos de darle sus disculpas por lo del otro día...

—Ya está olvidado.

Después de una pausa, Yurle declaró:

—No se olvide de que se ha creado muchos enemigos. ¿Se atrevería a almorzar conmigo en un céntrico restaurante?

Arl miró la puerta abierta que daba al corredor, por donde a cada momento pasaba alguien.

—Cualquiera diría que se busca una coartada, en el caso de que a mí me ocurriera algo.

Yurle palideció, cerrando fuertemente las manos, hasta sentir las uñas en la carne.

—¡No lo hago por mí! —replicó Yurle, mirando al centro de la mesa—. De un momento a otro pueden atentar contra usted... Quizá, si nos ven en aparente armonía, no se decidan a atacarle.

—Se lo agradezco, pero nada se evitaría con eso.

—Se ganaría tiempo, hasta conseguir las pruebas que me permitan dejar la compañía limpia de escoria. ¿Para cuándo quiere usted salir por ganado?

—Para pasado mañana.

—¿Se dirigirá a Unston?

—Sí. Hay mucho que hacer allí.

—De acuerdo.

Arl se levantó.

—¿Puedo marcharme?

La ceremonia con que se hablaban resultaba por momentos más insoportable a Yurle. Estaba indignada consigo misma, por haberle planteado lo de almorzar juntos, en un restaurante de la ciudad.

Su severa indumentaria, sus cabellos recogidos en trenzas sobre la nuca no parecían diferenciarla de la provocativa muchacha que se hizo pasar por «Dot».

—Puede marcharse, Arl... Pero no olvide mi consejo: tiene usted enemigos peligrosos y debe llevar mucho cuidado.

—Se lo agradezco, señorita Gibney.

Salió, cerrando la puerta del despacho. Ya en la calle, se dirigió al saloon donde lo aguardaban Telsey y otro compañero del viejo equipo.

Apenas salir de las oficinas tuvo la sensación de que unos individuos abandonaban su aire distraído, recostados contra las columnas de los soportales, y echaban tras de él.

Procurando la mayor naturalidad Arl cruzó la calzada. Tres individuos hicieron lo mismo.

Al momento regresaba de nuevo a la primera acera. Y los tres individuos lo imitaron.

Arl giró y fue hacia ellos, mirándolos. Sabía que no era necesario perder tiempo en palabras. En los ojos de los tres que tenía delante leía la decisión de abatirle, con limpieza o a traición.

Los adversarios apreciaron en la mirada de Arl la firme decisión de que aquel encuentro fuese algo más que un duelo de miradas.

Y los tres se detuvieron dando el efecto de que querían clavar los pies en el entarimado de la acera. Arl se encontraba a unas doce yardas. Caminaba lento, sin dejar de mirarlos.

Se encontraba a unos ocho pasos cuando los tres no pudieron aguantar más y gritaron:

—¡Defiéndete!...

Arl movió la mano derecha, vacía, yendo a buscar el martillo del revólver que empuñaba la izquierda. Sonó una rápida descarga, y el agorero retumbo de los cuerpos de los pistoleros, al dar contra el entarimado.

La gente quedó unos momentos inmóvil. Poco a poco fueron acudiendo al sitio donde se acababa de producir el choque. Los compañeros de Arl salieron del establecimiento, ya con la convicción de que era su capataz el que había intervenido.

En las oficinas de la compañía se oyeron las detonaciones. Yurle fue a uno de los departamentos que tenía ventana a la calle. Después que divisó a Arl con sus dos compañeros, se dirigió a uno de los despachos donde se encontraban Owans y dos accionistas, los tres riendo.

La muchacha se quedó mirándolos en silencio. No dijo nada. Como antes hizo Arl, se limitó a mirarlos, mientras el color de sus ojos iba cambiando, volviéndose amarillento.

* * *

En la primera acampada Arl se reservó para la segunda guardia. Aún no había conciliado el sueño, cuando oyó pisadas de caballo. La visita se anunciaba y no era cosa de tomar demasiadas precauciones.

—¿Quién va? —preguntó el centinela que estaba más próximo al ruido de caballos.

La respuesta hizo que Arl saltara de la yacija.

—¡«Dot»!

Ella era, con la indumentaria que llevó el primer día. Incluso con los mismos hombres: el viejo Mark y los tres compinches.

Junto a una hoguera, la muchacha expuso el motivo de su visita.

—He gastado dinero comprando informes. El viejo Mark me ha ayudado. No olvido que tenéis una cuenta con Bill Sargoy... Y vengo a pedirlos que...

Se interrumpió, mirando a Arl, que permanecía al otro lado de la hoguera, escuchándola, al parecer, atento más al movimiento de sus finas manos que a lo que decía.

—Sé el sitio donde Bill Sargoy está escondido, esperando refuerzos que Owans le envía. Dejad lo del ganado. Si cogemos a Bill... ¡Si conseguimos llevarlo vivo a Paddey!...

El fervor con que ella se expresaba impresionó a los vaqueros. Todas las miradas fueron concentrándose en Arl, esperando su respuesta.

—Por mi parte, de acuerdo. Pero todos los que pertenecemos a la plantilla de Hillson tienen derecho a opinar. Bill se cargó a dos compañeros.

Todos se mostraron de acuerdo con el plan de la muchacha. Y en seguida procedieron a levantar el campamento.

Arl estuvo unos momentos hablando con el viejo Mark. Luego se acercó a la muchacha, la cogió de la cintura y empezó a izarla, para situarla sobre el caballo.

Al estar los dos rostros juntos la besó.

—¿Cuándo nos casamos, «Dot»?

Lo oyeron muchos y no supieron qué hacer, si permanecer callados o romper a reír. Arl notó que el cuerpo de la joven temblaba.

—No lo tomes tan a pecho. Mientras seas «Dot» me permitiré hacerte el amor...

—¿Y qué esperas conseguir? —preguntó, haciendo como que lo tomaba a broma.

—Nada. No hablaba en serio.

Durante tres jornadas, no importó que Yurle vistiera como en el tiempo de los abigeos. Arl la trató casi con la misma ceremonia que empleaban en el despacho de la compañía.

Muchas veces tenía que adelantarse al grueso del grupo, para explorar el terreno. Por fin llegaron a las proximidades de la madriguera.

Eran unas cabañas situadas al pie de un monte, al amparo de una profunda cavidad. El viejo Mark había estado allí en otros tiempos y conocía muy bien el terreno.

Al anochecer dejaron los caballos en sitio seguro y a pie, deslizándose con mucha cautela, fueron acercándose por distintos sitios.

Todos iban provistos de mantas. Y a medida que cada uno iba llegando al sitio que tenía designado, se envolvía con la manta, dispuesto a aguardar el día.

—Iremos juntos —dijo Arl, dirigiéndose a la muchacha.

Ella nada objetó. Se apostaron tras un peñasco que quedaba frente a las cabañas. Era el sitio más peligroso.

Otros compañeros se habían situado tras obstáculos desde los que se podía batir el área que quedaba frente a las cabañas.

Hasta medianoche vieron luz en el interior. Y oyeron voces de gente que está jugando a las cartas.

Reconocieron la voz de Bill Sargoy, ordenando que apagaran las luces y guardaran silencio.

Hasta entonces Arl había permanecido tendido de bruces, al lado de Yurle, dando el

efecto de que estaba solo, pues ninguna atención dedicó a la muchacha.

Fue al oír la voz de Bill cuando se volvió.

—¡Está ahí! Confieso que hasta ahora había estado temiendo que la hubieran engañado, señorita Gibney...

Yurle creyó que el frío de la noche aumentaba, por la forma con que Arl la trataba. No volvió a oírle hasta que empezó a amanecer.

—¡Atención ahora! —dijo Arl—. ¡Mire arriba!

Señaló la roca cortada verticalmente. Latas llenas de petróleo habían sido volcadas y el líquido se deslizaba roca abajo, hasta gotear sobre la techumbre de las cabañas.

De lo alto cayeron estopas encendidas. Y las cabañas se empenacharon de llamas y humo.

Empezaron a surgir individuos, gritando, disparando...

Los rifles entraron en acción. Bill Sargoy vio entonces algo incomprensible. A su alrededor iban cayendo compinches. Lluvias de balas silbaban silueteándolo, pero ninguna lo alcanzaba.

Cuando quedaban solamente cuatro compinches, pareció entrever a qué se debía su «buena suerte» y quiso sacar partido de la situación.

Arl adivinó la maniobra. Iba a saltar sobre uno de los caballos desensillados que había en una cueva.

—¡Se nos va a escapar! ¡No se mueva de aquí! —dijo a Yurle.

—¡No vaya, Arl! ¡No debe arriesgarse! ¡Lo alcanzaremos!...

Pero Arl ya no podía oírla. Corrió en la misma dirección en que iba el cabecilla. De pronto se detuvo.

—¡Bill! ¡Te propongo un pacto! ¡Suelta las armas!

Bill Sargoy giró, rugiendo:

—¡Maldito!

Disparaba con las dos manos. Arl hizo lo mismo, pero echándose al suelo.

Yurle no se dio cuenta de lo que hacía. De pronto se vio corriendo en la dirección en que se encontraba Arl, tendido de bruces, los revólveres humeantes en las manos, todavía apuntando a Bill.

La muchacha, al darse cuenta de que Arl no había sufrido daño, frenó el paso.

Bill Sargoy, con los brazos atravesados, miraba a su enemigo, al que como nunca consideró el terror de los abigeos.

—Te van a curar, Bill... Antes de que te juzguen vas a tener la oportunidad que sin duda has deseado muchas veces —dijo Arl.

No explicó qué oportunidad era ésa. Un rato más tarde emprendían el camino de Paddey.

* * *

En la sala de sesiones se hallaban ya todos sentados a la larga mesa. Yurle, junto a su padre.

Owans fue de los últimos en llegar.

—¿A qué se debe esta reunión? —preguntó, aparentando indiferencia.

Pero algo debía recelar, porque en la otra habitación había dejado a dos pistoleros.

—Prometí un día tener pruebas contra usted, Owans, de ser el miserable que ha estado instigando crímenes y robos —dijo Yurle, con impresionante serenidad.

Owans se puso lívido. Miró a todos y encontró caras inexpresivas. Incluso los que siempre se habían mostrado a su favor, ahora rehuían encontrarse con su mirada.

—¡Esto es una encerrona! ¡Sigan ustedes las maniobras de esa gente! —señaló a los Gibney—. ¡Desde este momento me considero desligado de la compañía!

—Y de algo más, Owans — prosiguió la muchacha—. Está usted fuera de la ley... Disponemos de algunas declaraciones que lo llevarán a la horca. Ahora verá usted entrar por esa puerta...

Señalaba la que Owans había utilizado. Una mueca sardónica apareció en la cara del individuo.

—¿Quién va a entrar? ¿El «capataz» que tan bien la maneja? ¡Que asome en el

gabinete!...

En ese momento se oyeron varias detonaciones. Y Owans puso un gesto de burlona consideración.

—¡Qué culpa tengo yo!... El capataz se ha encontrado ahí fuera con dos inesperados enemigos...

La puerta se abrió de un puntapié.

—¿Por qué inesperados? —preguntó Arl.

La habitación contigua apareció con el humo de los disparos. En el suelo, los dos guardaespaldas de Owans. Y varios vaqueros, con el arma en la mano.

Owans iba a desenfundar, pero un puño de Arl le alcanzó el mentón. Cuando Owans recobró el conocimiento, vio a Bill Sargoy, sentado a la mesa, con los brazos vendados, hablando, hablando...

Y todos permanecían vueltos de cara a Owans. Este dio un grito de terror.

—¡Ese individuo miente!

Iba a levantarse. Pero una bota de vaquero presionó sobre su pecho, obligándolo a seguir sentado en el suelo.

—Ya te tocará el turno de hablar —dijo Arl.

Uno de los que estaban a la mesa era el juez de Paddey.

* * *

Cuando empezó el proceso de Owans y Bill, en Paddey solamente quedaban dos vaqueros de Arl. Los demás tenían trabajo en Unston.

Los dos fueron condenados a muerte.

Cuando llegaron las manadas, la sentencia ya se había cumplido.

Para Rand y Oscar había una sorpresa, pero no para Yurle.

—¿Por qué no viene Arl con ustedes? —preguntó Oscar a los vaqueros.

Eaker, el que hizo de capataz en toda la ruta, contestó:

—Arl se ha ganado las simpatías de aquella región y todos se han ofrecido a presentarlo a rancheros de otras comarcas. Va a seguir comprando ganado tan bueno como éste.

De que Arl no venía ya tenía noticia Yurle. El viejo Mark seguía informándola de todos sus pasos...

EPILOGO

Arl apareció en el tercer envío.

El ganado era tan bueno como el de las dos primeras conducciones y los dos hermanos Gibney, junto con otros accionistas, fueron a los corrales para verlo.

—¡Tiene usted mucha mano para tratar con los rancheros, Arl! ¿Cómo se las arregla?
— preguntó Oscar.

—Estoy en mi ambiente tratando con ellos.

—Esta noche venga a cenar con nosotros. Y no me vaya a salir con que está cansado
—Oscar rompió a reír.

—Pues lo estoy, pero iré. Y no se quejen si de sobremesa me quedo dormido.

Yurle lo recibió vestida como nunca la había visto Arl. Un traje lujoso, que resaltaba su belleza.

La muchacha se dio cuenta de que tanto su indumentaria como el lujo de la casa, surtían en Arl el efecto esperado. Él no disimuló lo que sentía.

—No debí venir.

—¿Por qué? —preguntó el padre de Yurle, ya sentados a la mesa.

—Todo lo que me rodea trata de achicarme. Y eso me irrita.

Arl se había presentado con ropa de vaquero.

—Una vez le aconsejé... — empezó Yurle, con ironía.

—...Que me comprara ropa de ciudad, lo recuerdo. Pero hay cosas más urgentes.

De sobremesa las expuso.

—Las rutas parecen ahora seguras... Ustedes se han desprendido de los indeseables que había en la compañía. Creo que es el momento para que tratemos sobre mi contrato.

—¡No pretenderá decir que va a dejarnos! —exclamó Oscar.

—Cualquier vaquero de mi vieja plantilla puede sustituirme. Yo tengo una oportunidad de adquirir un rancho, en la comarca de Unston... Allí hay facilidades para adquirir ganado, no para lanzarlo a una larga conducción como el que hemos traído hasta ahora, sino para el recrío. Si llegamos a un acuerdo, me comprometeré con el dueño de ese rancho...

Yurle, que durante un rato había permanecido como ausente, intervino:

—¿Qué demonios habla de comprometerse si llegamos a un acuerdo? ¡Usted ya ha adquirido ese rancho! ¡Y una manada! Y ha gastado más de lo que tenía. ¿Qué ocurriría ahora si la compañía se niega a darle los beneficios que le corresponden?...

La furia con que lo atacaba sorprendió a Rand y a Oscar.

—¡Yurle!

—¡Sobrina!

—Pero, ¿no veis? ¡Desde el primer día no piensa más que en escabullirse! ¡Dice que esta casa trata de achicarlo! ¿No será exceso de orgullo?

Los ojos de Yurle tenían un brillo inusitado. Durante el tiempo que no veía a Arl, había tenido que sostener a solas, en el mayor secreto, una desesperada lucha.

Ahora iba pensando que valía la pena haber pasado por tanta zozobra. Sentado a su lujosa mesa tenía a Arl, haciendo esfuerzos por no parecer cohibido. ¡Era su momento de triunfo! ¿Qué pasaba ahora, vaquero del diablo? Allí al alcance de sus ojos tenía a la hermosa Yurle, engalanada como para asistir a una refinada fiesta. «¡Esta es mi revancha, Arl! ¡Baja la cabeza!»

—He contado con que la compañía quiera hacer valer sus derechos —contestó Arl, sin inmutarse—. Estarían en lo justo. Yo aún no he cumplido el año... Pero es cierto que el estar amarrado a tan gran empresa me fastidia. Si creen que renunciando a la mitad de lo que me corresponde de los beneficios hasta la fecha...

—¿Con eso tendría usted para pagar lo que debe? —preguntó Yurle, en tono zumbón.

Demasiado sabía ella que no.

—Lo que me falte me lo prestará mi antiguo patrón. Me lo ha ofrecido.

Los dos hermanos se miraron.

—Haremos una cosa —dijo Oscar—. La compañía le está muy agradecida... Le daremos un plazo... Digamos dos meses. Usted se dedica a su rancho, como si ya no dependiera de nosotros. Si transcurrido ese tiempo usted ve que le conviene más el cargo en la compañía, podrá recobrar su puesto.

—¡Qué tontería! — exclamó Yurle, no sabiendo contra quién revolverse—. ¡Ese tozudo vaquero, aunque estuviera muriéndose... aunque «algo» le estuviera royendo el alma empujándolo aquí... no cedería!...

Otra vez los dos hermanos estuvieron mirándose en silencio. Y Rand manifestó:

—Nada cuesta con probar... Dos meses bastarán. Usted recibirá mañana el dinero que la compañía le debe. ¿Le parece bien?

—Les estoy muy agradecido. Y ahora, si me lo permiten...

—Ya sé. Quiere ir a descansar — dijo Oscar, riendo.

Yurle no se despidió. Antes de que Arl se levantara ya había salido del comedor.

Al quedar solos los dos hermanos, volvieron a mirarse.

—¿Hemos hecho bien, Oscar, trayéndolo aquí?

—¿Por qué no? Ahora es cuando los dos se darán cuenta de la diferencia que existe entre ellos. ¡Ha sido un acierto, Rand! ¡Un verdadero acierto!

Y para celebrarlo, llenó dos copas de champaña.

Arriba, en la alcoba de Yurle, la muchacha se había echado de bruces sobre el lecho, para ahogar un sollozo.

—¡Dos meses! ¡Ojalá sufras lo que yo!...

* * *

En el regreso a Unston perdió mucho tiempo. Visitó varios pueblos sin más fin que tomar unas copas y charlar con desconocidos, creyendo que eso barrería la obsesión

que barrenaba su mente.

Acampó en lugares solitarios, queriendo absorberse en el paisaje. De pronto se levantaba, ensillaba el caballo y emprendía el galope.

Cerca de un pueblo, un hombre con chapa le salió al camino.

—¿Usted es Arl Carison?... Soy el ayudante del sheriff Scherl. Quiere verlo.

Arl supuso que era para cerrar el expediente que se refería a la pandilla de Ken Rowe. Fue a ese sheriff al que entregaron dinero, papeles, incluso caballos cogidos a la exterminada pandilla.

Ya en la oficina, frente al titular, Arl preguntó:

—¿Alguien ha venido a interesarse por esos individuos?

El sheriff lo miró extrañado. Y dirigió una severa mirada al subalterno.

—¡Yo nada he dicho! —se justificó el ayudante.

El sheriff entonces preguntó:

—¿A qué individuos se refiere usted?

—A la pandilla de Ken Rowe...

El de la estrella rompió a reír:

—¡Oh, no! Esta cuadrilla es más modesta... Y han designado a usted para que saque cara por ellos. Acompañeme.

En una celda estaban el viejo Mark y los tres jóvenes compinches. Los cuatro trabajaban para Arl.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó, encolerizado—. ¿Volvemos a las andadas?

Había una celda muy oscura. De allí salió una voz muy dulce.

—Sí. Todo vuelve a estar como antes.

Unas manos muy finas quedaron asidas a los barrotes de hierro. Arl estuvo a punto de estrellarse contra la reja.

—¡«Dot»! —y se puso a besarle las manos—. ¡No hago más que pensar en ti!...

—Te estamos siguiendo desde que saliste de Paddey. ¿Es que no sabes a dónde dirigirte? —preguntó ella, tratando de mantenerse serena.

—¡Abra esta celda, sheriff! —dijo Arl.

—No pienso salir... mientras...

Él la interrumpió:

—Es que yo tampoco saldré, mientras no venga el juez.

Ya teniéndola en los brazos, ella dijo:

—El juez no tardará... Y me llevarás a «tu» rancho. Seré algo más que un recuerdo. ¡Estoy harta de tocar papeles!... Tocaré útiles sencillos; trataré de que tu casa..., nuestra casa...

Arl no la dejó seguir. Besándola, apareció el juez.

Un rato más tarde, el sheriff se encargaba de cursar un telegrama para los hermanos Gibney. Cuando éstos lo recibieron, palidecieron. Luego, rompieron a reír.

—¡Pues sí que tuvimos una idea acertada, al enfrentarlos en casa! —exclamó Oscar—. ¿Qué hacemos?

—Procurarnos ropa de vaquero y emprender el camino. No nos estarán mal unas vacaciones...

—Para no llegar demasiado pronto, quizá echemos mano de algún ternero, y que nos encierren. ¡Haremos que saquen cara por nosotros!...

Intentaron ese truco. Pero ni Arl ni Yurle se movieron del rancho. Les bastó con enviar al viejo Mark...

—¡Si hace años me hubieran dicho que yo tenía que sacar cara por dos magnates!...